

AMERICA-LATINA

Nº 20.

PARIS 1º DE DICIEMBRE DE 1918.

VOL. IV.

UN GRAN JEFE



Foto H. Manuel

Las Cámaras Francesas, haciéndose eco de la opinión del País, dicen que **"MERECE BIEN DE LA PATRIA"**.

PÁGINAS FRANCESAS

LA VICTORIA

LAS memorables sesiones de la victoria en las Cámaras francesas el día 11 de noviembre de 1918 constituyen un acontecimiento histórico: Francia y sus aliados han impuesto militarmente la paz, después de cincuenta y dos meses de la guerra más cruenta que la historia conoce, y que ha ocasionado veinte millones de víctimas, amen de terribles devastaciones, por tierra, y catástrofes marítimas injustificables. La sesión de la Cámara de Diputados será inolvidable. La emoción era intensa en el vasto recinto, pletórico de espectadores, cuando M. Deschanel,

promesa de laborar siempre con todas las fuerzas de nuestro corazón, en pro del bien público. (*Vivos aplausos.*) Voy a dar lectura al texto oficial del armisticio que ha sido firmado esta mañana a las cinco por los Señores mariscal Foch, almirante Wemyss, y los plenipotenciarios de Alemania.

LAS CONDICIONES DEL ARMISTICIO

QUEDA CONVENIDO

Entre el mariscal Foch, generalísimo de los Ejércitos aliados, en nombre de las potencias aliadas, y asociadas, asesorado del almirante Wemyss, primer lord del almirantazgo inglés, por una parte;

Y

El señor secretario de Estado Erzberger, presidente de la delegación alemana;

El señor enviado extraordinario y ministro plenipotenciario conde von Oberndorff;

El señor general de estado-mayor von Winterfeldt;

El capitán de marina Vanselow;

Provistos de los poderes debidos y procediendo conforme a lo mandado por el canciller alemán, por otra parte.

Se ha convenido un armisticio en las condiciones siguientes:

A. — EN EL FRENTE OCCIDENTAL

I. — Suspensión de las hostilidades, en tierra y en los aires, seis horas después de firmado el armisticio.

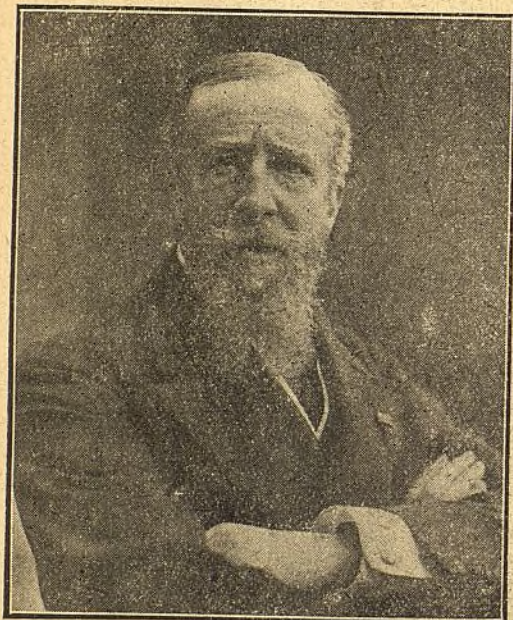
II. — Evacuación inmediata de los territorios invadidos: Bélgica, Francia, Luxemburgo, así como Alsacia-Lorena, arreglada de manera que se realice dentro del plazo de quince días contados desde el día en que sea firmado el armisticio.

Las tropas alemanas que no hayan evacuado los territorios invadidos, cuando termine el plazo fijado, serán hechas prisioneras de guerra.

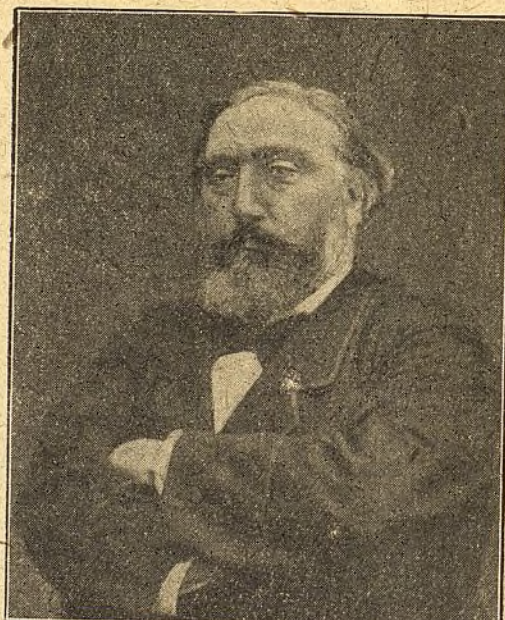
La ocupación por las tropas aliadas y de los Estados Unidos seguirá, en dichas regiones y países invadidos, la marcha de la desocupación alemana.

Todos los movimientos de evacuación o de ocupación se rigen por la nota anexa nº 1, redactada en los momentos de firmar el armisticio.

III. — Repatriación, que comenzará inmediatamente y deberá



M. DÉROULÈDE.



M. GAMBETTA.

En estos días de gloria, hay que recordar a dos grandes patriotas, Gambetta y Déroulède cuya fé en la victoria final ha sido un grande y saludable ejemplo.

presidente de la Cámara, abrió la sesión a las 2.30 de la tarde, sesión que fué dedicada a tratar varios asuntos de tramite, suspendiéndose a las 3.10 para esperar la llegada del presidente del Consejo, que iba a dar lectura a las condiciones del armisticio. El Señor Clemenceau llegó a las 3.50. La ovación con que se le recibiera fué delirante. Concedióle la palabra el presidente de la Cámara, y el Señor Clemenceau dirigióse a la tribuna para leer el histórico documento, pronunciando antes estas palabras:

SEÑORES:

Los homenajes que me hace esta asamblea popular, sólo pueden reconocerse exhortando a todos para que otorguen la

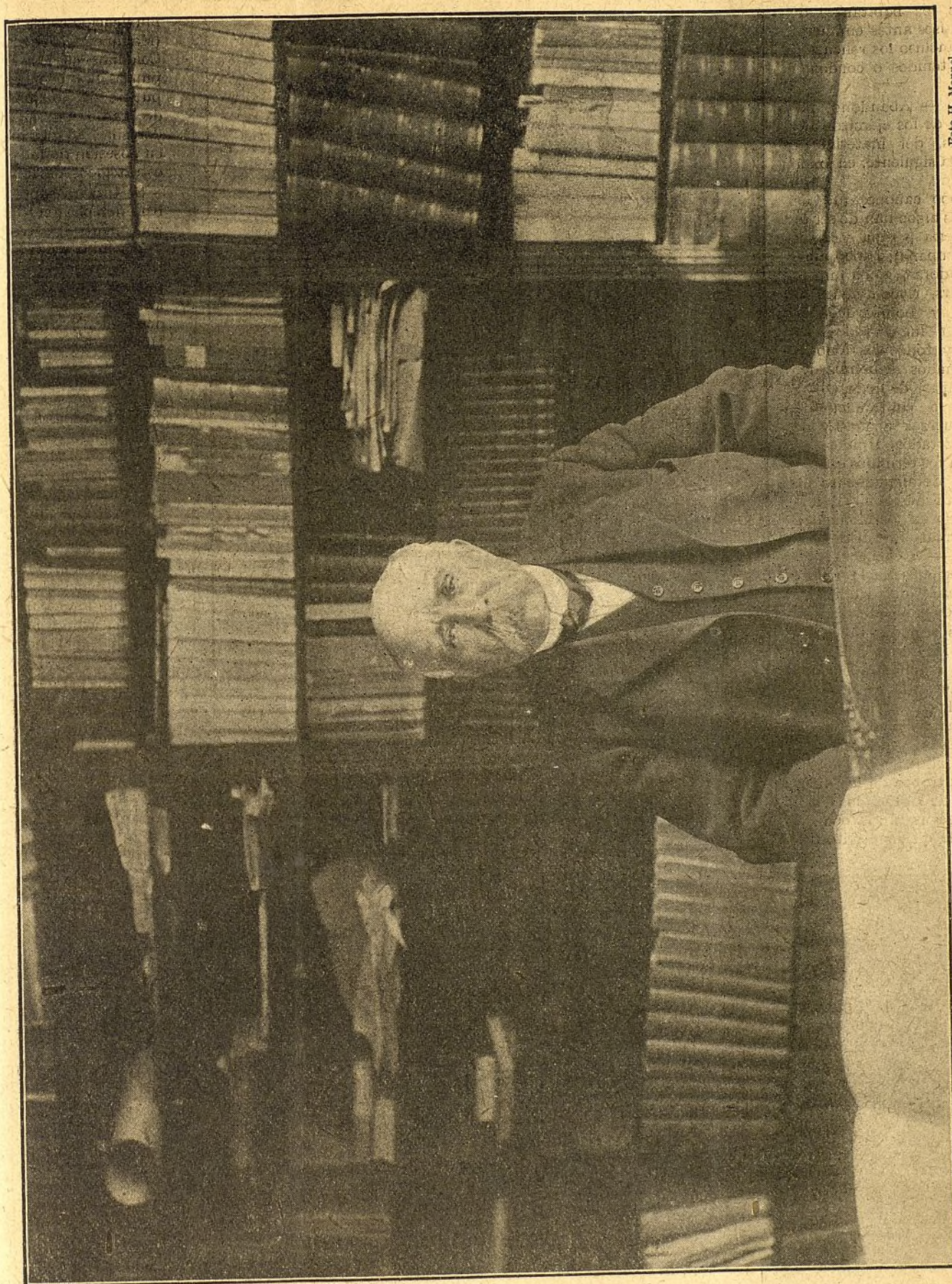


Foto H. Mannel.

EL PRIMER « POILU » DE FRANCIA.

terminar dentro de un plazo de quince días, de todos los habitantes de los países antes enumerados (incluso los rehenes y los detenidos o condenados).

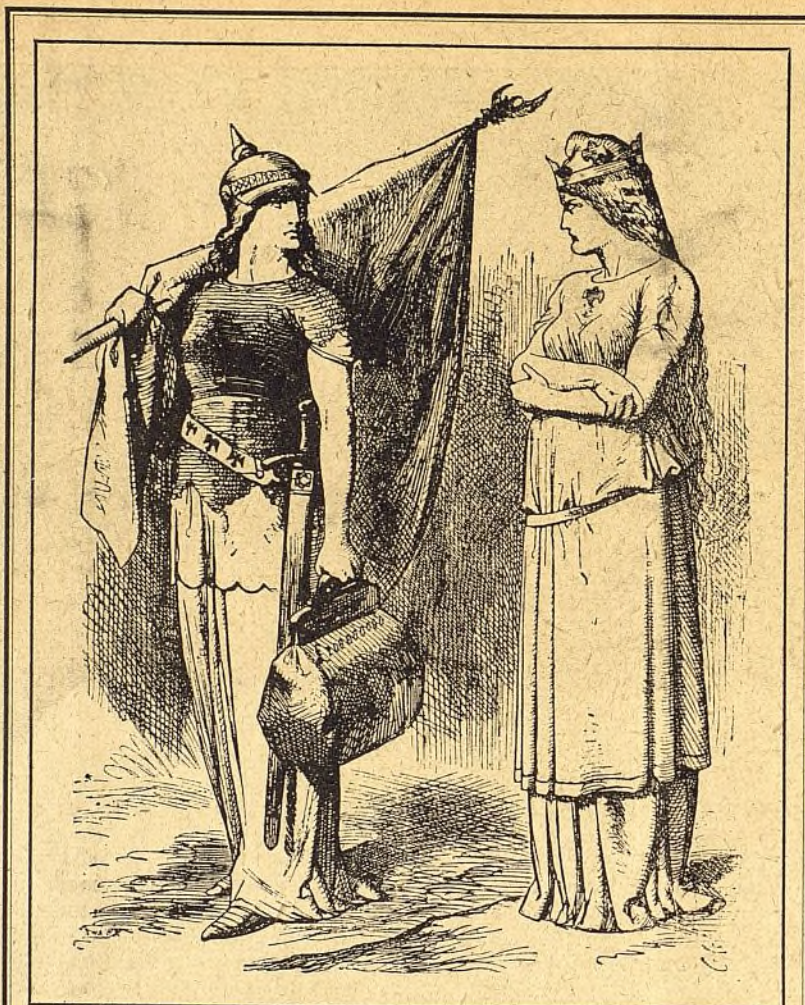
IV. — Abandono, por parte de los ejércitos alemanes, del material de guerra siguiente, en buen estado :

5.000 cañones (de los cuales 2.500 han de ser de artillería pesada y 2.500 de campaña), 25.000 ametralladoras, 3.000 minenwerfers, 1.700 aviones de caza y bombardeo, en primer lugar todos los D-7 y todos los aviones destinados al bombardeo nocturno, deberán entregarse a continuación a las fuerzas aliadas y de los Estados Unidos, — según los términos estipulados detalladamente en la nota anexa nº 1, formulada en los momentos de firmar el armisticio.

V. — Evacuación de las regiones de la ribera izquierda del Rhin, por las tropas alemanas.

Las regiones de la ribera izquierda del Rhin serán administradas por las autoridades locales, bajo la inspección de las fuerzas de ocupación de los aliados y de los Estados Unidos.

Las tropas de los aliados y de los Estados Unidos asegurarán la ocupación de dichos territorios



El presente dibujo del *Punch*, reproduce la famosa composición de Tenniel, publicada en septiembre de 1873, cuando Alemania abandona Francia, llevándose los cinco mil millones de francos que impuso como indemnización de la guerra que entonces preparó y provocó.

“¡AU REVOIR!”

Alemania. — Adios MADAME y si no está contenta...

Francia. — ¡ Ya nos encontraremos algún día!

por guarniciones en los principales puntos de comunicación sobre el Rhin (Maguncia, Coblenza, Colonia); en los citados puntos habrá cabezas de puente de 30 kilómetros de radio en la ribera derecha; y guarniciones en posesión de los puntos estratégicos de la región.

Se trazará sobre la ribera derecha del Rhin una zona neutral, entre el río y una línea trazada paralela a las cabezas de puente, y al río; y a diez kilómetros de distancia desde la frontera de Holanda hasta la frontera suiza.

La evacuación por el enemigo de las regiones del Rhin (ambas riberas) se arreglará de manera que quede terminada dentro del plazo de diez y seis días más, — o sean 31 días después de firmado el armisticio.

Todos los movimientos de evacuación o de ocupación se harán conforme a la nota anexa nº 1, redactada en el momento de firmar el armisticio.

VI. — En todos los territorios evacuados por el enemigo, queda prohibido evacuar a los habitantes; no se causará ningún daño ni perjuicio a las personas o propiedades particulares. Nadie será castigado por delitos de participación en lo concerniente a medidas



METZ. — ESPERANDO LA ENTRADA DE LAS TROPAS FRANCESAS.

de guerra anteriores a la fecha en que fué firmado el armisticio.

No se harán destrucciones de ningún género. Las instalaciones militares, de cualquier clase que fueren, serán entregadas intactas — lo mismo que los abastecimientos militares, víveres, municiones, equipos, que no hayan sido transportados dentro de los plazos de evacuación fijados de antemano.

Los depósitos de víveres para la población civil, ganado, etc., no deberán ser removidos.

No se tomará ninguna medida de orden general o de orden oficial que redundare en depreciación de los establecimientos industriales o en la reducción del personal respectivo.

VII. — Las vías y medios de comunicación de toda suerte, vías ferreas, vías fluviales, carreteras, puentes, telégrafos, teléfonos, no deberán ser objeto de deterioro alguno.

Todo el personal civil y militar actualmente en servicio será conservado.

Se entregará a las potencias aliadas y asociadas:

5.000 locomotoras montadas y 150.000 vagones en buen estado y provistos de todos los repuestos y avíos necesarios, dentro del plazo cuyo detalle fija la nota nº 2, y que no excederá en todo caso, de 31 días.

Se entregarán asimismo 5.000 camiones automóbiles en buen estado, dentro del plazo de 36 días.

Los ferrocarriles de Alsacia-Lorena, dentro del término de 31 días, quedarán entregados con todo el personal y material respectivo de la organización de dicha red.

Además, nada del material necesario para la explotación en las regiones de la ribera izquierda del Rhin, habrá de ser removido de su lugar.

Todas las provisiones de carbón y otras materias por el estilo, material ferreo, tele-



TRENTO.

evacuados por las tropas alemanas, y facilitar su localización y destrucción.

Señalará igualmente todas las disposiciones nocivas que se hubieren tomado, tales como envenenamiento o polución de manantiales y pozos, etc., todo so pena de represalias.

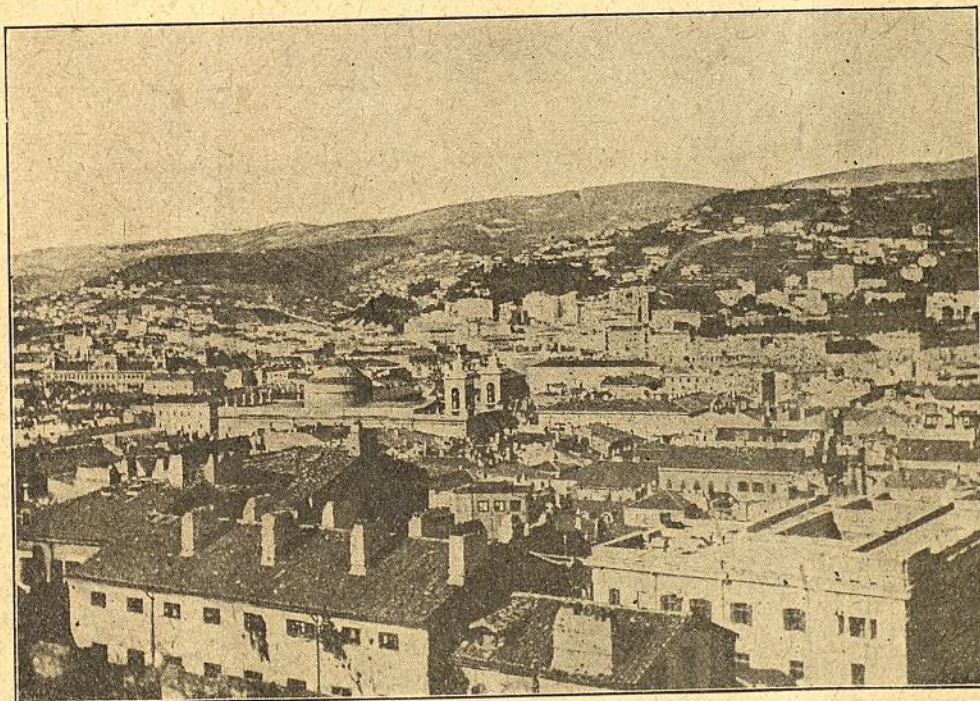
IX. — El derecho de requisición será ejercido por las tropas de los aliados y de los Estados Unidos en todos los territorios ocupados, a reserva de liquidar con la autoridad competente.

El mantenimiento de los ejércitos de ocupación en las regiones del Rhin, sin comprender Alsacia-Lorena, queda a cargo del gobierno alemán.

X. — Repatriación inmediata, sin reciprocidad, según las condiciones que sobre el particular se acordaren, de todos los prisioneros de guerra, inclusive los detenidos y sentenciados de países de la Entente y de los Estados Unidos. Los potencias aliadas y los Estados Unidos podrán tomar disposiciones en este sentido como mejor les parezca.

Esta condición anula todas las convenciones precedentes relativas al canje de prisioneros de guerra, incluso la de julio de 1918, en vías de ratificación.

Sin embargo, la repatriación de los prisioneros de guerra alemanes que se hallan internados en Holanda y en Suiza



TRIESTE. — HOY FLOTA EN ELLAS EL PABELLÓN ITALIANO, GLORIOSO SIGNO DE REDENCIÓN.

continuará como antes. La repatriación de los prisioneros alemanes será arreglada una vez concluidos los preliminares de paz.

XI. — Los enfermos y heridos que debido a fuerza mayor hubieren tenido que quedarse en territorio evacuado por los ejércitos alemanes, serán atendidos por el personal alemán que provisto de todo lo necesario habrá de permanecer en cada lugar de esa índole.

B. — DISPOSICIONES RELATIVAS A LAS FRONTERAS ORIENTALES DE ALEMANIA

XII. — Todas las tropas alemanas [que se hallan actualmente en territorios que formaban parte, antes de la guerra, de Austria Hungría, de Rumanía, de Turquía, deben regresar inmediatamente a las fronteras de Alemania existentes en 1º de agosto de 1914.

Todas las tropas alemanas que se hallan actualmente en territorios pertenecientes antes de la guerra, a Rusia, deberán igualmente replegarse dentro de las fronteras de Alemania tal como queda definido, desde que los aliados lo juzguen conveniente, teniendo en cuenta la situación interior de dichos territorios.

XIII. — Ejecución inmediata de la evacuación por las tropas alemanas, y del llamamiento de todos los instructores prisioneros y agentes civiles y militares alemanes que se hallen en territorio ruso (dentro de los límites de frontera existentes en agosto de 1914).

XIV. — Cesación inmediata por las tropas alemanas, de toda requisición, embargo medida coercitiva que sirviera a procurar recursos destinados a Alemania, en Rumanía, o Rusia (dentro de los límites territoriales existentes en agosto de 1914).

XV. — Renuncia a los tratados de Bucarest, de Brest-Litovsk, y demás tratados complementarios.

XVI. — Los aliados tendrán libre acceso en los territorios evacuados por los alemanes, en las fronteras orientales, sea por Dantzig, o por el Vístula, a fin de poder proveer de víveres a la población y conservar allí el orden si fuere necesario.

C. — EN AFRICA ORIENTAL

XVII. — Evacuación de todas las fuerzas alemanas que operan



CHATEAU-SALIN. — ENTRADA DE LA PRIMERA DIVISION FRANCESA.

en Africa oriental, dentro del plazo señalado por los aliados.

D. — CLAUSULAS GENERALES

XVIII. — Repatriación, sin reciprocidad, dentro del plazo máximo de un mes, y en las condiciones que habrán de fijarse, de todos los internados civiles, incluso los rehenes, detenidos o sentenciados pertenecientes a las potencias aliadas o asociadas, amén de los ya enumerados en el artículo III.

E. — CLAUSULAS FINANCIERAS

XIX. — A reserva de las reivindicaciones y reclamaciones ulteriores, por parte de los aliados y de los Estados Unidos, sobre la reparación de daños.

Durante el armisticio, el enemigo no removerá ninguno de los valores públicos que puedan servir a los aliados de garantía de las debidas reparaciones.

Restitución inmediata de los fondos del Banco Nacional de Bélgica, y en general devolución inmediata de todos los documentos, especies, valores (muebles y fiduciarios con el material de emisión) correspondientes a los bienes públicos y privados en países invadidos.

Restitución del oro ruso o rumano tomado por los alemanes o entregado a ellos.

Este oro será guardado por los aliados hasta que sea firmada la paz.

F. — CLAUSULAS NAVALES

XX. — Suspensión inmediata de todo acto hostil por mar, e indicación precisa de la situación y movimientos de embarcaciones alemanas. Notificación a los países neutrales, acerca de la libertad de navegación concedida a las marinas de guerra y de comercio pertenecientes a las potencias aliadas o asociadas en todas las aguas territoriales, sin suscitar cuestión de neutralidad.

XXI. — Restitución, sin reciprocidad, de todos los prisioneros de guerra, de las marinas mercante o de guerra, pertenecientes a las potencias aliadas o asociadas, en poder de los alemanes.

XXII. — Entrega a los aliados y los Estados Unidos, de todos los submarinos (inclusive todos los cruceros submarinos y [los siembraminas] actualmente exis-



UN VETERANO ALSACIANO DE LA GUERRA DE 1870.

tentes, con su armamento y equipo completos, en los puertos designados por los aliados y los Estados Unidos. Los que no puedan hacerse a la mar serán desarmados, tanto de tripulación como de material, y permanecerán bajo la vigilancia de los aliados y de los Estados Unidos.

Los submarinos que se hallan prestos a hacerse a la mar, se dispondrán a abandonar los puertos alemanes tan pronto como reciban órdenes, por telegrafía inalámbrica, de dirigirse al puerto que se haya designado para la entrega; el resto se dispondrá a ello lo antes que sea posible.

Las condiciones contenidas en este artículo se llevarán a cabo en un plazo de catorce días contados a partir del en que se firme el armisticio.

XXIII. — Los navios de guerra alemanes, no submarinos que sean designados por los aliados y los Estados Unidos serán inmediatamente desarmados, luego internados en puertos neutrales, cuando no en puertos aliados, que los aliados y los Estados Unidos designaren. Permanecerán vigilados por las autoridades de la Entente y de los Estados Unidos, no dejando abordó más que destacamentos de guardia.

La designación de los aliados se referirá a:

- 6 cruceros de batalla;
- 10 acorazados de escuadra;
- 8 cruceros ligeros (entre ellos dos siembraminas);
- 50 destroyers de los tipos más recientes.

Las demás embarcaciones de guerra, de superficie (inclusive las de río) deberán ser reunidos y completamente desarmados en las bases navales alemanas señaladas por los aliados y los Estados Unidos de consuno, y puestos bajo la vigilancia de los aliados y los Estados Unidos.

El armamento de todos las embarcaciones de la flota auxiliar será desembarcado.

Todos los navios desig-



DELEGACIÓN ALSACIANA EN LA CEREMONIA DEL 17 DE NOVIEMBRE.

culos puestos por Alemania, quien indicará los sitios donde éstos se hallen.

XXV. — Libre entrada y salida del Báltico para las marinas de guerra y de comercio de las potencias aliadas y asociadas,

asegurada por la ocupación de todos los puertos, obras, baterías y defensas alemanas de todo género, en todos los pasos que van de Cattégat al Báltico, y por dragado y destrucción de todas las minas u obstáculos dentro y fuera de las aguas territoriales alemanas, cuyos planes y emplazamientos exactos serán dados por Alemania, quien no podrá suscitar ninguna cuestión de neutralidad.

XXVI. — Mantenimiento del bloqueo de las potencias aliadas y asociadas en las condiciones actuales, quedando los barcos alemanes que se encontraren en el mar, sujetos a captura. Los aliados y los Estados Unidos se encargan del problema de subsistencias en Alemania durante el armisticio, dentro de los límites estimados como necesarios.

XXVII. — Agrupación e inmovilización, en todas y cada una de las bases alemanas designadas por los aliados y los Estados Unidos, de las fuerzas aéreas en general.

XXVIII. — Abandono, por parte de Alemania, inmediatamente e intacto, de todo el material de puerto y de navegación fluvial, de todos los navios mercantes, remolcadores, barcazas, de todos los aparatos de aeronáutica naval,



Ellos impusieron su guerra, nosotros impondremos nuestra paz.

material y provisiones de todas clases, al evacuar la costa y los puertos belgas.

XXIX. — Evacuación de todos los puertos del mar Negro, por Alemania; y entrega a los aliados y a los Estados Unidos, de todas las naves de guerra rusas tomadas por los alemanes en el mar Negro. Liberación de todos los navíos mercantes neutrales secuestrados; entrega de todo el material de guerra, o de otro, tomado en dichos puertos, y abandono del



EL VOIVODE P. BOYOVITCH
QUE RECOBRÓ BELGRADO.

barcos mercantes pertenecientes a potencias aliadas o asociadas, y actualmente en poder de Alemania.

XXXI. — Prohibición absoluta de destruir ninguna embarcación o material antes de la evacuación, la entrega o restitución.

XXXII. — El gobierno alemán notificará formalmente a todos los gobiernos neutrales, en particular a los de Noruega, Suecia, Dinamarca y Holanda, que todas las restricciones impuestas al tráfico de sus embarcaciones con las potencias aliadas o asociadas, ya emanen del Gobierno alemán mismo, o de empresas alemanas privadas — o bien en virtud de concesiones definidas, como la exportación de materiales de guerra u otros, quedan desde luego anuladas.

XXXIII. — Queda absolutamente prohibida la transferencia de toda clase de embarcaciones mercantes alemanas, a ningún pabellón neutral, después de firmado el armisticio.

G. — DURACIÓN DEL ARMISTICIO

XXXIV. — La duración del armisticio será de 36 días con facultad de prolongarlo.

Durante este tiempo, el armisticio puede, si las cláusulas no fueren puestas en ejecución, ser denunciado por una de las partes contratantes, que deberá notificar con 48 horas de anticipación. Queda entendido que la ejecución de los artículos III y XXVIII no dará lugar a denuncia del armisticio por insuficiencia de ejecución dentro de los plazos señalados, más que en el caso de una ejecución mal intencionada.

A fin de asegurar la mejor ejecución de la presente Convención, queda en principio admitida una comisión de armisticio internacional permanente. Dicha Comisión funcionará bajo la alta autoridad del mando supremo militar y naval de los ejércitos aliados.



EL ALMIRANTE SIR ROSSLYN
WEMYSS.

material alemán enumerado en la cláusula 28.

XXX. — Restitución, no recíproca, en los puertos designados por la Entente y los Estados Unidos, de todos los

con voz vibrante, el siguiente discurso:

SEÑORES:

En vano busco lo que en hora semejante después de esta lectura ante la Cámara de Representantes franceses, pudiera yo agregar. Me limitaré a decir que en un documento alemán, al cual no puedo, naturalmente dar en estos momentos y en esta tribuna lectura, documento que contiene una protesta contra los rigores del armisticio, los signatarios cuyos nombres acabo de mencionar, reconocen que la discusión fué llevada con un gran espíritu de conciliación.

En cuanto a mi, una vez leída la convención del armisticio, creo que en estos terribles momentos, grandes y magníficos, mi deber está cumplido.

Una palabra tan sólo. En nombre del pueblo francés, en nombre del Gobierno de la República francesa, envío un saludo de Francia una e indivisible, a la Alsacia-Lorena recobrada. *(Vivas y unánimas aclamaciones.) Todos los diputados se ponen en pie y aplauden largamente.*

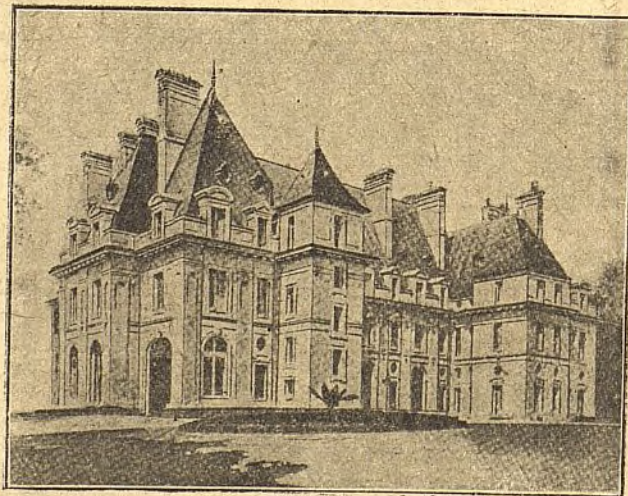
M. PETITJEAN. — Viva la Alsacia-Lorena francesa!

M. LAZARE WEILLER. — En nombre de los dos únicos alsacianos y de nuestros queridos colegas lorenses de esta Cámara, mi pecho, rebosante de júbilo, experimenta la necesidad de exclamar: « Viva Clemenceau! »

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO. — Honor, también, a nuestros gloriosos muertos, que nos han dado la victoria. *(Nuevas aclamaciones unánimes. Todos los diputados se ponen en pie.)* Merced a ellos, podemos decir que antes de todo armisticio, Francia fué liberada por la fuerza de las armas. *(Aplausos unánimes.)*

M. PETITJEAN. — Viva la victoria!

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO. — En cuanto a los supervivientes, a quienes desde hoy tenemos la mano y que acogemos, cuando desfilen por nuestras avenidas, rumbo al Arco de Triunfo, les enviamos un saludo desde ahora! En espera de ellos estamos para dar comienzo a la obra ingente de reconstrucción social. *(Vivos aplausos.)* Gracias a ellos, Francia, ayer soldado de Dios, hoy soldado de la humanidad, será



EL CASTILLO DE FRANCPONT EN DONDE EL MARISCAL FOCH
RECIBIÓ A LOS PLENIPOTENCIARIOS ALEMANES.

El presente armisticio fué firmado el 11 de noviembre de 1918, a las cinco de la mañana, hora francesa.

ERZBERGER,
OBERNDORFF,
WINTERFELDT,
VANSELOW.
FOCH,
WEMYSS, almirante.

Terminada la lectura de las condiciones del Armisticio, el señor Clemenceau dijo



HERR EBERT
CANCILLER ALEMÁN.

eternamente el soldado del ideal! (*Aplausos entusiastas. Todos los diputados se levantan y aclaman largamente al presidente del Consejo.*)

La ovación duró varios minutos, hasta que el señor Deschanel, presidente de la Cámara de Diputados se expresó en los siguientes terminos:

Por fin ha llegado la hora bendita en espera de la cual vivíamos desde hacía cuarenta y siete años — cuarenta y siete años en que sin cesar repercutieron en nuestras almas el grito de dolor y de protesta de Gambetta, de Jules Grosjean y de los diputados de Alsacia-Lorena; el de Victor Hugo, de Edgar Quinet y de George Clemenceau (*nutridos aplausos*), cuarenta y siete años durante los cuales Alsacia y Lorena, amordazadas no dejaron jamás de aclamar a Francia!! Medio siglo! Mañana estaremos en Estrasburgo y en Metz. No hay palabra humana que iguale tal bendición. (*Aplausos unánimes y prolongados.*)

Provincias con más ternura amadas cuantas más fueron sus miserias, carne de nuestra carne, gracia, fuerza y honor de nuestra patria, ante un enemigo que quería hacer de vosotras el símbolo de su conquista. No, vosotras sois la prenda sagrada de nuestra unión nacional y de nuestra unidad moral, pues toda nuestra historia resplandece en vosotros! (*Muy bien, muy bien.*) Sí, es Francia entera, la Francia de la Revolución y de la República triunfante, por



DELEGACIÓN ITALIANA EN LA FIESTA DE ALSACIA-LORENA EN PARÍS.

salvaron, — no ya el honor, puesto que estaba a salvo, — testigos son los manes de los heroes de Reichshoffen, de Gravelotte, de Saint-Privat de Beaumont,, donde los hijos de los compañeros de La Fayette acaban de vengar a Sedan (*Aplausos repetidos*) — sino el porvenir. Su resistencia preparó nuestras victorias!

Y vosotras, combatientes sublimes de la gran guerra, vuestro valor sobrehumano ha hecho de Alsacia-Lorena, ante los ojos

del Universo, le personificación del derecho. (*Aplausos prolongados.*) : el regreso de nuestros hermanos desterrados no significa tan solo el triunfo nacional; es asimismo la tranquilidad de la conciencia humana y el presagio de un orden más elevado. (*Aclamaciones unánimes.*)

M. ALBERT THOMAS. — Pido la palabra.

EL PRESIDENTE. — Tiene la palabra el Señor Thomas.

M. ALBERT THOMAS. — Pedimos que los Señores diputados por Alsacia-Lorena que se hallan presentes en esta sala reciban los honores de la sesión. (*Vivos aplausos. Los diputados todos*



EL SEÑOR CLEMENCEAU SALUDA AL SEÑOR POINCARÉ EN LA CEREMONIA EN HONOR DE ALSACIA-LORENA.

se ponen en pie y aclaman al abate Wetterlé y al Señor Weill, diputados por Alsacia-Lorena que están en una tribuna.)

En seguida tomó la palabra el diputado René Renoult, presidente de la Comisión del Ejército.

El homenaje personal que, respondiendo al sentimiento del país, se propone, según el texto, discernir al ciudadano George Clemenceau, presidente del Consejo, ministro de la Guerra, al gran francés que ha encarnado, en la hora suprema, las esperanzas indomables, el noble genio y la voluntad de vencer, de que la nación entera participó; acompañada también del homenaje solemne que con tanta justicia merece la alta ciencia militar, el incomparable dominio, la claridad y la energía de las concepciones estratégicas del mariscal Foch, que ha arrojado al enemigo del territorio invadido (*Vivos aplausos repetidos*). — glorifica a los ejércitos y a sus jefes, así como al Gobierno de la República.

Qué otra cosa quiere esto decir, si no que el homenaje así tributado es para aquellos que han sido y seguirán siendo ante la historia, los artífices de la victoria de las democracias del mundo sobre el Imperialismo detestable y el espíritu de hegemonía! (*Nuevos aplausos*.)

Es el homenaje debido, primeramente al pueblo francés, que por entero, se levantó en defensa de su territorio y para proteger las libertades del mundo.

Es el homenaje rendido a los combatientes, a los heroicos soldados de los ejércitos de tierra y los de mar, tan merecedores, tan grandes por su abnegación sublime, que no podemos evocarlos sin que las lágrimas arrasen nuestros ojos, y que inmediatamente aparezca ante nosotros el gran deber de mañana que consiste en preparar, a quienes tan bien la han servido y defendido, una patria más maternal, más amorosa y más dulce. (*Aplausos*.)

Nuestro homenaje va también a los jefes, a esa pléyade magnífica de nuestros militares que, aun durante las horas tan angustiosas cuando nuestras fuerzas eran inferiores a las del enemigo, supieron, en el Marne, en el Iser, en Verdun (*Aplausos*) agregar victorias imperecederas a la gloria militar que Francia conquistó a través de los siglos; mañana, todos, se enorgullecerán depositando sus palmas de victoria a los pies de la República triunfante y soberana. (*Aplausos*.)

Es éste también el homenaje tan merecido al Gobierno del país homenaje debido al noble e incansable esfuerzo de acción gubernamental que, desde los últimos días de julio de 1914 hasta la hora actual, no ha cesado de inspirarse en una igual y constante devoción patriótica; de animar, de vivificar, de amplificar, en pro de la victoria final, los recursos infinitos, las fuerzas materiales y morales, de una gran nación decidida a aceptar todos los sacrificios a fin de evitar su esclavizamiento. (*Aplausos nutridísimos*.)

Por último, — como apoteosis — es el homenaje solemne que rendimos a la República (*Aplausos*)... a la República que ha producido el milagro de la victoria, a la República que durante cuarenta y cuatro años, había conquistado a Francia, en el mundo, tan brillante situación moral, formada de respeto, de estimación y de afectuosa admiración (*Vivos aplausos*) y que a la hora del peligro, las nobles y valerosas naciones del mundo, enamoradas, como ella, de la justicia y de la libertad, se irguieron a su lado para vencer o morir con ella (*Aplausos*); a la República que, con sus instituciones, sus leyes, su enseñanza, había formado e impregnado el alma del pueblo y purificado la idea de patria. (*Exclamaciones de Viva la República!*)

Sí, gracias a la República, la patria no fué simplemente el jirón de tierra sagrada y querida en que dimos los primeros pasos y donde dejaremos nuestros huesos, es el país adorable lleno de encanto, de horizontes tan dulces y tan puros!

Para la República, la Patria no ha sido tan sólo la evocación esplendente de todas nuestras glorias nacionales, de todo cuanto ha tendido a formar el renombre de Francia, nuestras grandes empresas militares de antaño, y las manifestaciones luminosas del pensamiento, del arte y del genio francés.

Por la República, la idea de patria ha llegado a ser algo más bello y más grandioso, el símbolo viviente de las esperanzas

de todos los oprimidos de la tierra. (*Aplausos*.) El recuerdo perenne de nuestras grandes revoluciones desbordantes de fraternidad humana; el dominio intangible de los sueños más elevados, de las más nobles aspiraciones del hombre, dominio que nosotros estábamos llamados a cultivar, y donde, andando el tiempo florecerán, mediante la victoria definitiva de las grandes democracias del mundo, las ideas, francesas y republicanas por excelencia, de justicia, de derecho y de paz universal.

EN EL SENADO

Sesión del 12 de noviembre de 1918. La histórica sesión en el Palacio de Luxemburgo fué asimismo entusiasta y conmovedora. La bellísima sala estaba adornada con banderas de los colores aliados. Abrióse la sesión a las 4.40 de la tarde. Al entrar el presidente del Consejo, M. Clemenceau, se oyó una formidable ovación. Antes de tomar asiento en el banco de ministros, M. Clemenceau dirigióse a M. de Freycinet, el eminente estadista, venerable anciano, el gran patriota, que organizó la defensa nacional en los días luctuosos del 70-71.

Habló M. Pichon, ministro de Negocios Extranjeros, quien leyó el Convenio del armisticio en medio de atronadores aplausos. Concluida la lectura se concede la palabra a M. Clemenceau, quien con paso firme sube a la tribuna siendo calurosamente aclamado a su vez. Con voz en un principio contenida, pero elevándose poco a poco, dice:

SEÑORES:

Documentos como estos, son actos; no hay nada que agregar.

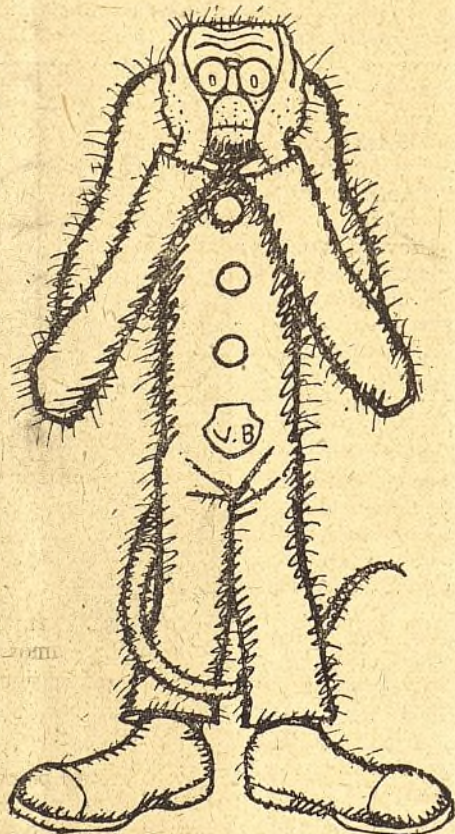
En la Cámara de Diputados he querido pronunciar tan sólo unas cuantas palabras que celebro poder tener la ocasión de repetir aquí.

Dije, en nombre del pueblo francés, del Parlamento, del gobierno de la República francesa, que Francia, una e indivisible, como decían nuestros padres, saluda a la Alsacia-Lorena por fin recobrada. (*Aplausos vivos y prolongados*.)

Agregué, que esa era la obra de nuestros gloriosos muertos (*Aclamaciones prolongadas*) que nos han preparado este admirable día. Que las gracias les sean dadas! (*De nuevo aclamaciones*.)

Ni ellos, ni sus familias serán olvidados, y si se me concede el poder, será menester que un día de conmemoración sea instituido en su honor por la República francesa. (*Vivos aplausos*.)

Por lo que a los supervivientes se refiere les estamos esperando para verlos pasar, en medio de aclamaciones y de llanto, bajo el Arco de Triunfo. (*Nuevos aplausos*.) Por ellos, Francia volverá a ocupar en el mundo su puesto, y a proseguir la senda gloriosa e infinita del progreso humano: año soldado de Dios, hoy soldado de la humanidad, siempre soldado del ideal.



PLANCHADO ALEMÁN

Von Bernhardt. — ¡Trágame tierra!...
¡Qué plancha tan terrible la mía.
(Ibértia. BARCELONA.)

EL APOTEOSIS DE ALSACIA-LORENA

DESDE el día glorioso de la batalla de Solferino Paris no había visto manifestación semejante a la del domingo 17 del pasado Noviembre. Más de un millón de personas tomaron parte en ella, ya como espectadores entusiasmados, o en el desfile que partiendo del Arco de Triunfo llegaba a la Concordia; desfile que habiendo comenzado a la 1.30 de la tarde no concluía aún a las 9 de la noche. Más de 150 asociaciones francesas enviaron delegaciones. Las colonias de los países aliados radicadas en Paris, Lyon y Burdeos, tomaron asimismo parte en la grandiosa manifestación.

La Y. M. C. A. envió un numerosísimo contingente. Grande éxito tuvieron los soldados ingleses precedidos de una banda de « gaiteros », que en esta vez tocaban ya el « Tipperary » de la victoria. Ovaciones continuadas y cariñosas acogieron la presencia de numerosos alcaldes de las poblaciones de Alsacia liberada, así como a las muy numerosas alsacianas y lorenesas, luciendo el típico traje que inmortalizara al famoso Gener, quienes realzaban con su presencia este desfile de victoria en el que la mujer debe tener tanto participio como el hombre.

En la Plaza de la Concordia habíase levantado una tribuna oficial entre las estatuas de Rouen y de Brest, frente a las estatuas de Estrasburgo y de Lille, literalmente cubiertas de ofrendas florales y banderas desde hora muy temprana del día. En esta tribuna oficial se reunieron los presidentes de la República, del Senado y de la Cámara respectivamente, los miembros del Consejo municipal de Paris; los presidentes de la Corte de Casación. La llegada del general Joffre produjo grande entusiasmo. La del señor Clemenceau verdadero delirio. La multitud, entusiasmada, lo sacó de su carruaje, llevándolo en peso hasta la tribuna. En este acto solemne y conmovedor, el señor Presidente de la República pronunció el siguiente discurso.

SEÑORES :

Los millares de franceses que han preparado esta grandiosa manifestación no tuvieron, en un principio, sino el piadoso deseo de depositar a los pies de la estatua de Estrasburgo la ofrenda de votos y de fidelidad. La victoria ha venido a enriquecerles el programa con un complemento magnífico, permitiéndoles glorificar, en el triunfo de Francia, el regreso de Lorena y de Alsacia al hogar materno.

Si alguna vez nuestro corazón sintió la pena de no poder

contener el curso del tiempo, para saborear a nuestro antojo los más nobles goces que pueden ofrecerse al alma humana; ¿ no es acaso de estas horas de concordia y de satisfacción nacionales, de donde, la Patria, por tanto tiempo mutilada, surge y se reorganiza ? Puesto que no somos dueños de detener ni de fijar estos minutos divinos, prometámonos, al menos, conservar el recuerdo immaculado y legarlo, cual inestimable tesoro, a la Francia eterna.

Durante cuarenta y ocho años, nuestro dolor inconsolable ornó con coronas y crespones fúnebres esta estatua de la tristeza y del cautiverio. No podíamos unos y otros, pasar bajo la mirada inmóvil de esta querida efigie muda y velada, sin ver en ella el símbolo de la resignación ante el infortunio, ni sin experimentar, en lo mas recóndito de nuestras almas, la secreta humillación de la derrota y algo como remordimiento persistente de nuestra inacción.

Ninguno de nosotros, sin embargo; hablo del país entero, ninguno de nosotros habría querido, siquiera para lavar el pasado y vengar el derecho oprimido, aceptar la responsabilidad de un acto o de una palabra que hubiera podido hacer estallar en el mundo las primeras conflagraciones de una guerra cruenta.

Esperábamos, en medio del silencio y de la resignación, el despertar de la justicia dormida. Fué Alemania misma quién, creyéndola muerta, y soñando en apuñalearla, la hizo salir, involuntariamente, de su letargo. Fué Alemania quien, con sus propias manos, desgarró el tratado monstruoso que nos había impuesto por la violencia, la que sometió a dominación extranjera una parte inalienable de la Francia indivisible.

La guerra que nos ha sido declarada poniendo término a toda una serie odiosa de provocaciones y desafíos, ha venido finalmente a libertarnos de la obligación a que nos tenía sujetos nuestro amor a la paz y nuestro horror al derrama-

miento de sangre. Desde el día en que el usurpador de nuestras provincias emprendió contra nosotros una agresión inexcusable, teníamos el derecho y el deber de reivindicar por entero el patrimonio nacional que la fuerza había despedazado.

En la memorable sesión del 4 de agosto de 1914, las Cámaras francesas, patrióticamente agrupadas en torno al Gobierno de la República, hicieron el juramento solemne de no deponer las armas hasta que Alsacia y Lorena fuesen restituidas a la madre patria. Han cumplido su palabra. Durante más de cuatro años, el ejército y el país han vivido en una lucha y un sufrimiento continuos; durante más de cuatro años, se han visto entre las más dolorosas alternativas de la esperanza y la decepción; durante más de cuatro años la nación, resuelta a vencer, ha visto sin quejas ni desalientos, a lo mejor de su juventud en manos



ALSACIA ROMPE SUS CADENAS.
DIBUJO PROFÉTICO DE RÓBIDA.

de la muerte ; nada ha bastado a detener su esfuerzo, nada ha domado su voluntad.

Esta perseverante energía ha sido al fin recompensada. Alsacia y Lorena vuelven a ser francesas. Alemania se ve de tal manera obligada a tomar definitivamente una decisión, que aún antes de firmar la paz, añade a nosotros para proteger sus tropas en retirada, contra la hostilidad de los habitantes. Sí, héla allí obligada a desmentirse cruelmente. Anteayer proclamaba que los alsacianos, dóciles a la conquista germánica, no admitían verse separados de lo que seguía llamándose el Imperio ; ayer, en un grito de franqueza y desolación, nos suplicaba que salvásemos sus tropas : « Alsacia me arroja, — decía, — Alsacia quiere agredirme. Atadle las manos ! »

Alsacia y Lorena vuelven hoy a ser francesas. Qué dulce es repetir estas palabras de ensueño trocadas en realidad !

Dentro de poco, Francia irá a ofrecer a Lorena y a Alsacia liberadas, una entusiasta felicitación. Qué emoción para aquellos de entre nosotros que, desde hace cerca de cincuenta años, esperan, atormentados por los recuerdos de la otra guerra, este día de gloria y de resurrección ! Qué emoción para el Señor presidente del Consejo, que ha trabajado con tanto ardor y clarividencia con tanta fe y tanto buen éxito, en pro de la libertad de nuestras provincias cautivas. Alsacia-Lorena vuelven a ser territorio francés. La mayoría de los heroes que acaban de morir por ellas, nunca las habían visto. No habían, como algunos de entre nosotros, de sus vecinos o de sus parientes, mecido su infancia al calor de las dulces canciones ; no habían conservado en la retina la visión imborrable de sus montañas azules y de sus vastas llanuras. Y sin embargo, se sacrificaron por librar a las dos provincias prisioneras y devolverlas a Francia que jamás dejó de recordarlas. Han comprendido que eran necesarias al equilibrio nacional y que, desde el día en que nos habían sido arrebatadas, faltó a la Patria un jirón de carne en el cuerpo y un rayo de luz en el alma.

Alsacia y Lorena otra vez francesas ! Lo son de pleno derecho, conforme a la geografía que las colocó a entrambas a los confines de la antigua Galia, — conforme a la historia, que, bajo la vieja monarquía, las fundió con Francia, conforme a la historia que consagró esta fusión voluntaria, el 14 de julio de 1790, en las fiestas de la Federación, y que engrandeció a la gloria francesa con todos los triunfos ganados ; en los siglos pasados, por los sabios y los soldados de Alsacia y de Lorena.

Le han sido devueltas, de pleno derecho, en virtud de la protesta formidable que leyeron sus mandatarios en la Asamblea nacional de Burdeos, — en virtud de la reelección unánime de los diputados protestatarios, a raíz del rapto y de la anexión ; — en virtud de la valiente declaración que hicieron en el Reichstag, en 1874, los representantes de Alsacia Lorena ; — en virtud de la voluntad de los hijos del país que han tenido la pena de abandonar sus hogares invadidos ; — en virtud de la voluntad de los que permanecieron en el país a fin de proteger, en el seno secreto de las familias las tradiciones

francesas y mantener en él con celo la sacrosanta flama del recuerdo.

Para justificar la devolución de Alsacia-Lorena a Francia, no hay más que recordar estos siglos de gloria común, seguidos de estos atroces años de dolor convivido. Un plebiscito no agregaría nada a la elocuencia de los hechos. Un plebiscito sería una apariencia puesto que no podría lograr que votasen todos los alsacianos y loreneses que el tratado de Francfort, ha dispersado. Un plebiscito sería una denegación de justicia, puesto que subordinaría inicuamente a nueva elección, las libertades que los habitantes poseían, desde tiempo inmemorial, ante la violencia de que han sido víctimas, negación de los derechos que el enemigo ha podido arrebatarse temporalmente ; pero que eran y seguían siendo imprescriptibles.

Restitución pura y simple, eso es lo que exige la reparación del pasado ; lo que la conciencia universal reclama ; lo que aparte de todas las restauraciones y las garantías necesarias, nos asegura irrevocablemente la victoria de nuestras armas.

En este día en que por fin es posible para la familia francesa celebrar su firme unidad, rindamos homenaje a todos los que han laborado por levantar de las ruinas la casa solariega.

Loor a nuestros soldados y a nuestros marinos, que después de defender y de salvar a Francia, han obligado al enemigo a que en medio del desconcierto pidiese el armisticio y la paz ; loor a esa pléyade de jefes militares que, captándose la estimación de sus soldados, llevan logrados de ellos tantos prodigios ; loor a nuestros soldados, y puesto que el vocablo ha penetrado ya donosamente en nuestro lenguaje, a nuestros « poilus », a esa gloriosa personificación de las más bellas virtudes hereditarias de la raza, a esa multitud de heroes anónimos que durante tanto tiempo, bajo el sol y la lluvia, en el polvo y el lodo, opusieron a los furiosos embates del enemigo su vigor inflexible y su incansable tenacidad !

Honor a las naciones y a los ejércitos aliados, que por igual han rivalizado con los nuestros en bravura y resistencia ;

conquistando, todos y cada uno de ellos, el derecho de compartir nuestro júbilo, después de haber compartido el dolor.

Honor e esas inúmeras legiones de vencedores, para siempre unidos ya por lazos fraternales ; a esos pueblos armados que han combatido juntos en pro de un ideal común, y que mañana recogerán entrambos, en la paz, el fruto de ese por tanto tiempo cultivado compañerismo.

Pronto les veremos, a esos incomparables soldados de la magna guerra, seguir en París la misma avenida que hoy acaba de recorrer el inmenso cortejo de manifestantes. Les veremos pasar, como a la luz de una apoteosis, bajo la bóveda triunfal, y descender desde la *Estrella*, para borrar con su paso cadencioso, la huella con que en épocas pasadas batallones enemigos mancillaron nuestros Campos Elíseos.

Honor al Parlamento francés, que merced a sus sesiones laboriosas y casi permanentes, ha secundado con toda eficacia



(L'illustration.)

¡ EN ALSACIA !

(Dib. de J. Scott.)

al Gobierno de la República en la progresiva organización de la defensa nacional.

Honor a París, que de noche, mientras la sirena gemía, como en los días sombríos en que la cruel metralla enemiga venía inesperada a sorprender a los niños durante el recreo, a las mujeres en sus labores, a los ancianos en el reposo de sus asilos; supo conservar su calma, su confianza y su serenidad. Cuántas veces he tenido el doloroso deber de saludar sus muertos y visitar a sus heridos, y sentido, de cerca, latir su corazón: ni agitado ni decaído, siempre palpitando con su mismo ritmo imperturbable.

Honor al pueblo de Francia entera, que ha respondido, con tanta solicitud, al llamamiento de unión que yo le dirigiera desde el primer día de la guerra: a los viejos campesinos, a las mujeres, a los jóvenes, que han sabido agregar a los milagros de energía, milagros de paciencia, que han laborado, sembrado cosechado, para alimentar a los combatientes; honor a los obreros que fundieron cañones, cargaron obuses, armaron aviones; que crearon, desarrollaron, mejoraron durante cuatro años esta formidable organización que vino a ser el instrumento necesario de la victoria; honor a los funcionarios de la República, a los alcaldes, a las municipalidades, que han asegurado una buena administración, la tranquilidad y el aprovisionamiento del país; a los maestros que han puesto a los ojos de la infancia las imperecederas lecciones de desinterés y de patriotismo que la guerra ofrece a la eterna admiración del espíritu humano; honor a los prelados, a los sacerdotes y pastores de todas las religiones, que se han unido estrechamente en torno del altar de la patria invocando ante un solo Dios la salvación de Francia y el descanso eterno de sus muertos!



LOS ALCALDES DE ALSACIA CON LA TRADICIONAL INSIGNIA REPUBLICANA DE SU MANDO.

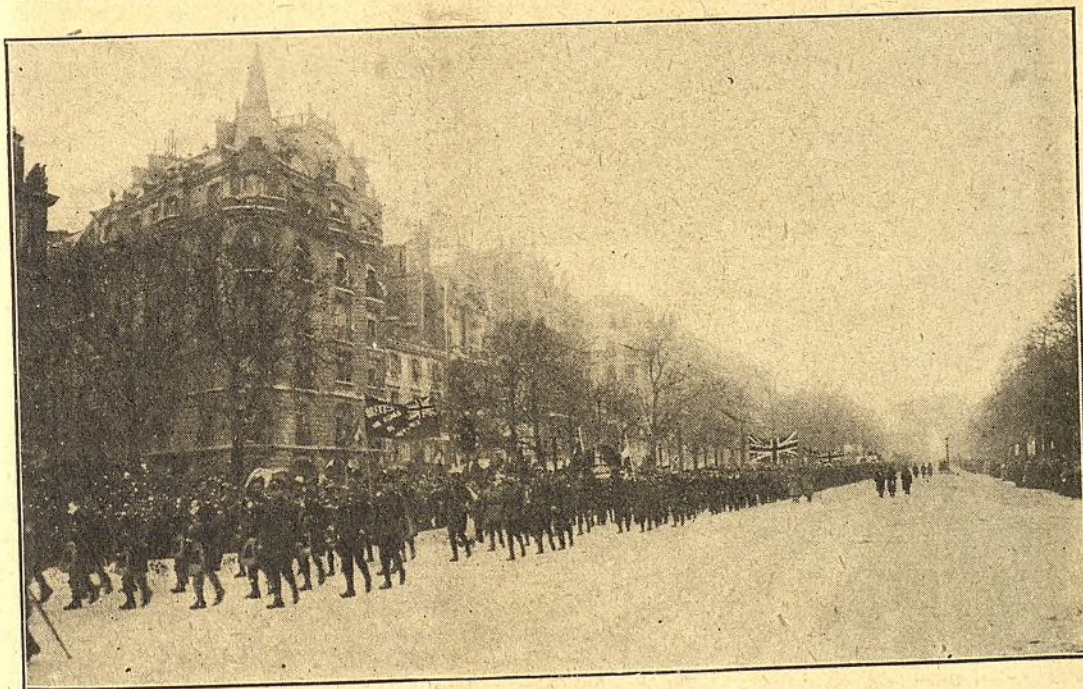
Honor a nuestras colonias que han demostrado su gran amor a la Metrópoli, enviando de todos los confines del mundo, por millares, trabajadores para nuestras fábricas y soldados a nuestros ejércitos!

Honor a las madres que no abrazarán más a sus hijos, a las esposas que buscan en los campos de batalla, las tumbas de sus maridos; a los huérfanos, hijos adoptivos hoy de Francia! Pero sobre todo, Señores, honor a los que no son ya, a los que cayeron con el corazón lleno de esperanza, en los surcos ensangrentados, en la plena confusión de las trincheras, o en las profundidades de los mares, y cuyos ojos no volverán a ver surgir la aurora de la victoria, ni la luz de esta paz. Honor a los más modestos, a los más oscuros, a los más ignaros de entre ellos! No hay uno solo, entre todos, cuya muerte no haya contribuido a la resurrección de Francia y a la salvación de la humanidad. Sus cuerpos desgarrados por los proyectiles yacen en las regiones devastadas donde se ha venido a decidir

la suerte del mundo; pero su imagen sagrada quedará intacta en el fondo de nuestros corazones. Ella nos servirá en lo sucesivo de inspiración; ella vendrá a recordarnos mañana, en medio de nuestras labores pacíficas, la cosecha de gloria, transformada dentro de muy poco en fuerza y prosperidad nacionales, que ha podido rendir, en unos cuantos años, en el suelo de Francia, el espíritu de sacrificio y de abnegación.

Honor a los muertos, inmortales consejeros de los vivos!

Al terminar esta elevada oración, que fué aplaudida frecuentemente, lanzaronse dos mil palomas mensajeras desde el Jardín de las Tullerías llevando a todos los Departamentos de Francia, ya no como el año terrible, palabras de dolor patriótico, sino un hosana de victoria.



DELEGACION DEL EJERCITO BRITANICO.



FotoRel.

RUE DE LA PAIX.

LA OPERA.

LOS « POILUS »
SON OVACIONADOS.EL ENTUSIASMO
AUMENTA.

ECOS

Paris en fiesta

Tres días delirantes ha vivido París cuando ya tristes augures anunciaban que no resuscitaría su entusiasmo. Resonaron las campanas como en pascua florida, temblaba el aire con el cañoneo de las salvas y venían a la mente por la similitud del universal contento después



Foto Manuel.

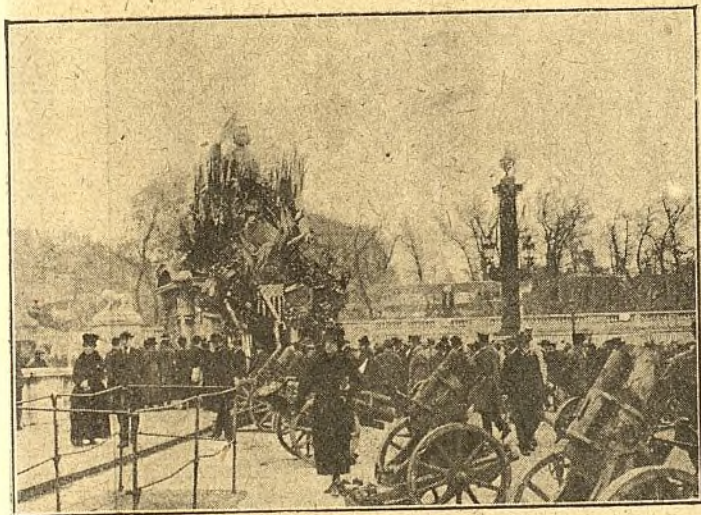
Ayuntamiento de Madrid

de horas amargas, las palabras de Pascal cuando saliera de su célebre noche de quebranto y de duda: «Alegría, alegría, lágrimas de alegría!»

¿Quién no las ha llorado? Desde el abuelo Clemenceau a quien hallaron en su despacho con la cabeza entre las manos, sollozando, hasta esos pobres ciegos de la guerra que respondieron a su enfermera — nos cuenta el *Cri de Paris* — porque ella no quería lágrimas en un día de fiesta:

—¿Para qué otra cosa pueden servirnos ya los ojos?

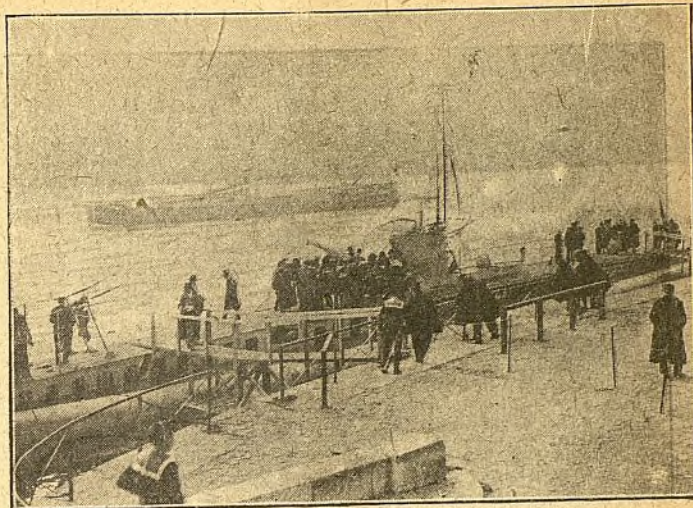
Estos, los ciegos conducidos del brazo, los mutilados en sus coches llenos de rosas, — vivientes testimonios de la iniquidad que fué la guerra — han sido la nota desgarradora de estos días de paz. Pero doscientas mil sonrisas iluminaban



LA ESTATUA DE LILLE.

el bulevar florecido de banderas. En los pesados carros que hasta ayer conducían obuses, americanos y *midinettes* iban cantando. Las modistillas han sido, como siempre, las organizadoras del festival. Tomaban por asalto los automóviles militares para besar a los soldados, pasaban envueltas en una bandera o enarbolando una sombrilla tricolor; y en la cureña de un cañón que tomaron los chiquillos a los trofeos de la plaza de la Concordia, dirigían con el brazo, como jefes de orquesta, la ardiente canción unánime.

Pronto llegan los estudiantes con su clásico gorro y su *Conspuez Guillaume* que no es canción de odio sino explosión de risas. Los fotógrafos del bulevar exponen al aire libre retratos de Foch y las mujeres arrancan del corpiño violetas mimosas para florecer esos menudos altares democráticos. Ha llegado, para todos los hijos de la patria, «el día de gloria». Y, por la noche, Marthe Chenal, Marsellesa viviente, en una ventana iluminada de la



UN SUBMARINO... EN LA PLACE DE LA CONCORDE.

Opera, entona el himno de libertad que cantamos todos en coro desde la plaza negra. París no duerme, París no quiere dormir. Parece ebrio y delira pero más de alegría que de vino. Y otra vez, por la mañana, los cortejos embanderados, los besos gráciles de las chiquillas rubias al «tommy» tí-

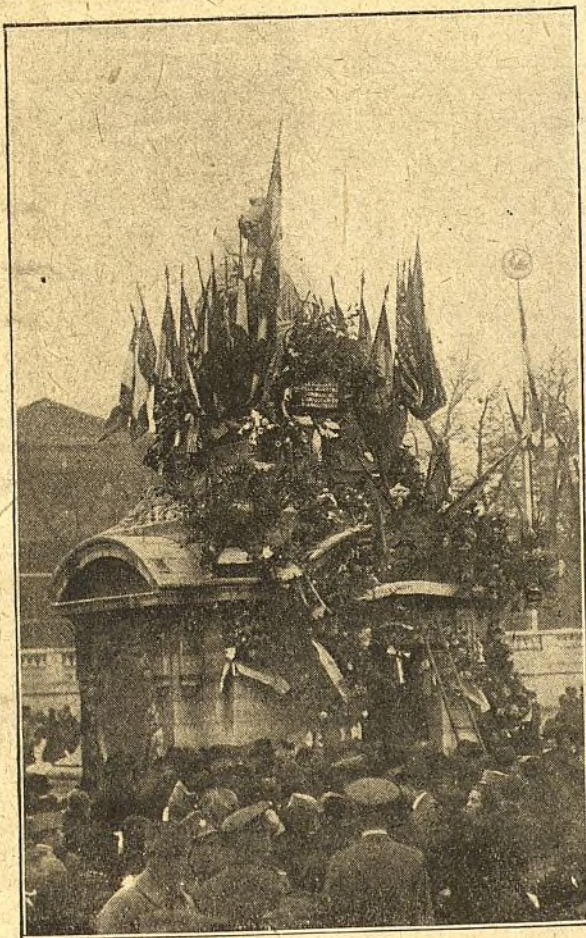


LA SONRISA DE LILLE.

mido que pasa, la lluvia de flores de un balcón, el desfile frente a la estatua de Estrasburgo, la amenidad de las gentes, las sonrisas indefinidas, la paz de Dios sobre el mundo loco.

Alegría, alegría, lágrimas de alegría — de luto definitivo también por los que no volverán — ¿quién no las ha llorado en la espléndida resurrección de París?

La *Ville Lumière* hace su *toilette* de victoria. Caen las cadenas que vodian el Arco de Triunfo y esperando el gran día en que recibirá a los soldados victoriosos, aclama ya a los soberanos aliados.



LA ESTATUA DE ESTRASBURGO EL DIA DEL ARMISTICIO.



Foto Rel.

EL «BOULEVARD» MONTMARTRE A LAS CUATRO DE LA TARDE DEL DÍA DEL ARMISTICIO.

LIBROS FRANCESES DEL MES

WALT WHITMAN. — Poemas traducidos por Jules Laforgue; André Gide, Francis Vielé-Griffin, Valery Larbaud, Luis Tabulet.

Esta nueva traducción de algunos de los poemas más característicos del gran lírico norteamericano, que lleva



WALT WHITMAN.

prólogo de Valery Larbaud y ha sido especialmente solicitada, se recomienda por el anhelo de perpetuar la vibración y el movimiento de estilo con toda fidelidad.

A medida que el tiempo pasa, la figura de Walt Whitman se va purificando de esa atmosfera de calumnia e ignorancia que la oscurecían; cobrando mayor elevación y autoridad. Cada día distinguimos más claramente lo que hay de esencial, de promotor y de universal en esta poesía de alientos generosos, especie de manantial que a su paso va dejando, al lado de uno u otro despojo inevitable, un triste sedimento de humanidad.

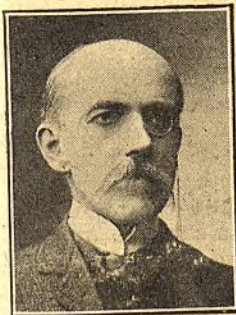
DUQUESA DE CLERMONT-TONNERRE
Du côté de la guerre.

Nadie menos « mujer de letras » que esta exquisita gran dama, cuya vasta erudición trasciende por doquiera la gracia; atenta siempre a las manifestaciones más opuestas de la vida social y espiritual, autora de una obra extensa y sapiente sobre el banquero Samuel Bernard; traductora ferviente y exacta de Keats, acaba de publicar, con el modesto título de *Al margen de la guerra*, algunos de sus últimos cuentos. La forma desenfadada y el tono de estas narraciones, tienen una extraña animación de vida. Se siente al leerlas, que la autora adivina, de una sola mirada, el secreto de las almas, lo patético de las circunstancias, cuando no el lado cómico. Bien enterada de todas las cosas de Francia, tenía que ser la mujer que escribiera este libro tan rico en matices.

LA SENORA DUQUESA
DE CLERMONT-TONNERRE.

HENRI DE RÉGNIER
Monsieur d'Amorceur.

El señor de Régnier acaba de reeditar, para beneplácito de los bibliófilos, en un volumen esmeradamente impreso e ilustrado con admirables y vigorosos grabados en madera por Daragués, sus ocho cuentos que antes aparecieron bajo el título de *Canne de Jaspe Monsieur d'Amorceur*, que con *Pelleas y Melisande* de Maeterlinck, perdurará tal vez como la obra maestra del simbolismo. Narraciones espléndidas, alegóricas al par que verosímiles; personajes patéticos o fantásticos que se mueven en los más bellos jardines del mundo. Se dirían escritos por un San



HENRI DE RÉGNIER.

Simón
para divertir a un Stéphane
Mallarmé.

Francis de Miomandre

Ayuntamiento de Madrid

ALEXANDRE ARNOUX
Abisag ou l'Église transportée par la foi.

Poeta encantador, dramaturgo sutil y novelista lleno de vivacidad, el señor Arnoux, es sin duda alguna, uno de los mejor dotados entre los escritores de la nuevanovenaocid ge. En su último libro: *Abisag o la Iglesia transportada por la fe*, unifica y armoniza de perfecta manera las tendencias tan diversas de su talento. Todo resumen resultaría insuficiente, tratándose de esta historia, lírica hasta el delirio de la más maravillosa de las aventuras, de varios personajes arrancados del pórtico de una iglesia gótica. Es preciso leerla. Se verá allí cómo revive, en autor tan moderno, al mismo tiempo que el espíritu malicioso de las típicas leyendas, el alma-celta de donde emanó todo el Arte de la Edad Media.

ALEXANDRE ARNOUX
EN SU « CAGNA » EN ARGONNE.

EDMOND JALOUX
Fumées dans la campagne. — L'Incertaine.

Como para dar plena expansión a cada una de las dos tendencias esenciales de su talento, Edmond Jaloux publica, casi simultáneamente, sus dos novelas. *La Incierta* es el estudio, adorablemente fino y leve del alma de una joven amante de fantasías, caprichosa y rebosante de vida, en la atmósfera ensoñadora de una pequeña aldea que, merced al prestigio delicado del poeta, rememora al lector las cosas de su propio pasado. *Humaredas en el campo* nos transporta, por el contrario, a un medio burgués, poblado de seres atrozmente reales, que frente a los arduos problemas de la vida, se debaten, ayunos de esperanza, entre las garras de la fatalidad. Ambas obras, de tema tan diferente, posen, sin embargo, algo de común: cierta nostalgia conmovedora de intenso lirismo.



EDMOND JALOUX.

EUGÈNE MONTFORT
La Belle Enfant ou l'Amour à quarante ans.

Autor de numerosas obras literarias, entre ellas: *La turca*, *Corazones enfermos*, *Canción de Nápoles*, *Bodas locas*, *El Chalet en la Montaña*, *La amiga americana*, el señor Montfort es uno de los novelistas más eminentes de la generación que viene inmediatamente después del simbolismo. Todas sus obras están concebidas según una fórmula enteramente tradicional y clásica: relatos vivaces, sin más comentarios, y descripciones sobrias o análisis ligeramente apuntados. En *Niña hermosa* se notan, sobre sus méritos inherentes, una riqueza y una abundancia, más vividas, más humanas todavía. Es una aventura que cautiva a medida que se desarrolla violenta, en los anti-guós barrios de Marsella, cuyo ambiente, el autor nos hace respirar.

EUGÈNE MONTFORT.
(Dibujo de Ch. Camoin.)

PÁGINAS INGLESAS

Un mensaje del Rey Jorge V al Parlamento de la Gran Bretaña el 20 de noviembre proximo pasado.

Os agradezco vuestras leales felicitaciones con motivo de la conclusión del Armisticio y la perspectiva de una paz victoriosa.

Me complace, en estos momentos sin paralelo en nuestra historia y en la historia del mundo, encontraros a vosotros y a los representantes de India y de los Dominios; a fin de dar gracias a Dios Todopoderoso por la promesa de una paz próxima; expresaros a vosotros, y por vuestro conducto a los pueblos que representais, los pensamientos que de mi mente surgen en tan solemne hora.

Lo hago con el corazón lleno de gratitud por las espontaneas y entusiastas expresiones de lealtad y de afecto que he tenido el privilegio de recibir, tanto personalmente aquí en la Metrópoli, en mensajes llegados de todas partes del Reino, lo mismo que de todos los confines del Imperio. Durante los cuatro años de dolor y de ansiedad nacionales que acaban de pasar, me han servido de apoyo la fe en Dios y la confianza en mi pueblo. En los días que vienen, días de incertidumbre y de sufrimientos, animado por la misma ayuda, me esforzaré lo más que me sea posible en desempeñar las tareas que se me imponen, conservar el honor del Imperio y fomentar el bienestar de los pueblos sobre quienes estoy llamado a reinar.

Tras una lucha prolongada y mucho más terrible de lo que nadie pudo haber previsto, el suelo de la Gran Bretaña sigue inviolado. Nuestra Marina ha conservado por doquiera el dominio en los mares, y dondequiera que el enemigo fué obligado a batirse, se reanudaron las glorias de Drake y de Nelson. La labor incesante que ella ha realizado dominando la amenaza oculta de los submarinos enemigos, y protegiendo a los barcos que traían viveres y municiones a nuestros puertos, ha sido menos conspicua, pero igualmente esencial para el triunfo. Sin esa labor, la Gran Bretaña habría sufrido hambres y esos valientes soldados de América que tanto contribuyeron a nuestra victoria, no habrían podido atravesar el océano lleno de peligros.

La Flota nos ha permitido ganar la guerra. En realidad, sin

la Flota, la lucha no habría podido continuarse, pues del dominio de los mares han dependido desde un principio la existencia misma y el mantenimiento regular de nuestras fuerzas terrestres.

No fué sino hasta que la conflagración había casi estallado, cuando pensamos en emprender la guerra por tierra. Pero Bélgica y Francia fueron de pronto invadidas, y la nación entera protestó contra tal acto. En un año, por enlistamiento voluntario, en su mayor parte debido al genio organizador y a la

influencia personal de lord Kitchener, se levantó un ejército diez veces mayor que el de que disponíamos en Agosto de 1914. Después, ese ejército ascendió a más del doble.

Estos nuevos soldados, sacados de entre la población civil, han desplegado una intrepidez idéntica a la desus antepasados, que supieron llevar el pabellón británico a la victoria en tantas tierras en épocas pasadas. A pesar de que su preparación fué corta, no han dejado de imitar y realizar las proezas del pequeño pero siempre renombrado ejército que en las primeras semanas de la guerra, desde

Mons hasta el Marne, ejecutó su magnífica retirada contra enemigos considerablemente superiores en número. No menos pronta fué la respuesta, no menos admirable la devoción a la causa común, de las espléndidas tropas que presurosas acudieron hacia nosotros, de todas las colonias, hombres que demostraron más que nunca ser sangre de nuestra sangre, heredando todo el valor y la tenacidad que han hecho grande a la Gran Bretaña. Cien campos de batalla esparcidos por el mundo han presenciado su heroísmo, han sido bañados con su sangre, y se hallan para siempre señalados con sus tumbas.

Nunca olvidaré cómo los príncipes de la India se adhirieron a la causa, y con cuánto ardor sus soldados sostuvieron en varios teatros de guerra, en condiciones sumamente diversas y delicadas, las tradiciones marciales de su raza. Tampoco podré olvidar cómo los súbditos de las Colonias y Protectorados de la Gran Bretaña, peleando también en medio de insólitas y aventuradas hazañas revelaron una constancia y una devoción sin igual.

Todos ellos, lo mismo que sus jefes, quienes en campos tan



LA MULTITUD FRENTE AL PALACIO DE BUCKINGHAM.



Foto ALFIERI.

LA ALEGRIA REINÓ EN LAS CALLES DE LONDRES, EL DÍA DEL ARMISTICIO.

dispersos y contra enemigos tan diferentes en Europa, Asia y Africa, durante cuatro años han afrontado la suerte, vencido los peligros y finalmente solucionado los problemas de la guerra, se han hecho acreedores a nuestra más sincera gratitud. Con una habilidad militar de lo más admirable, han sabido combinar una resolución insuperable; en el fragor de la batalla jamás permanecieron sordos a los llamamientos de la caballería y la humanidad.

En particular mencionaré los nombres del mariscal Sir Douglas Haig, cuyas dotes de caudillo paciente e indómito, eficazmente secundadas por sus colaboradores, ha sido premiada con la derrota final del enemigo en el campo donde tantos sacrificios y tanta gloria desplegaron; el del general Edmund Allenby, quien, en una campaña única en la historia de las armas, recuperó para la Cristiandad el suelo por el cual durante siglos se había peleado y derramado sangre en vano; y del general Sir Stanley Maudé y su sucesor, quienes obtuvieron, en una proeza de no menos grandeza, la primera victoria triunfal de la guerra en pro de la causa aliada.

Con los nombres de los que sirvieron a la Patria hasta el último momento de la contienda, no hay que olvidar los

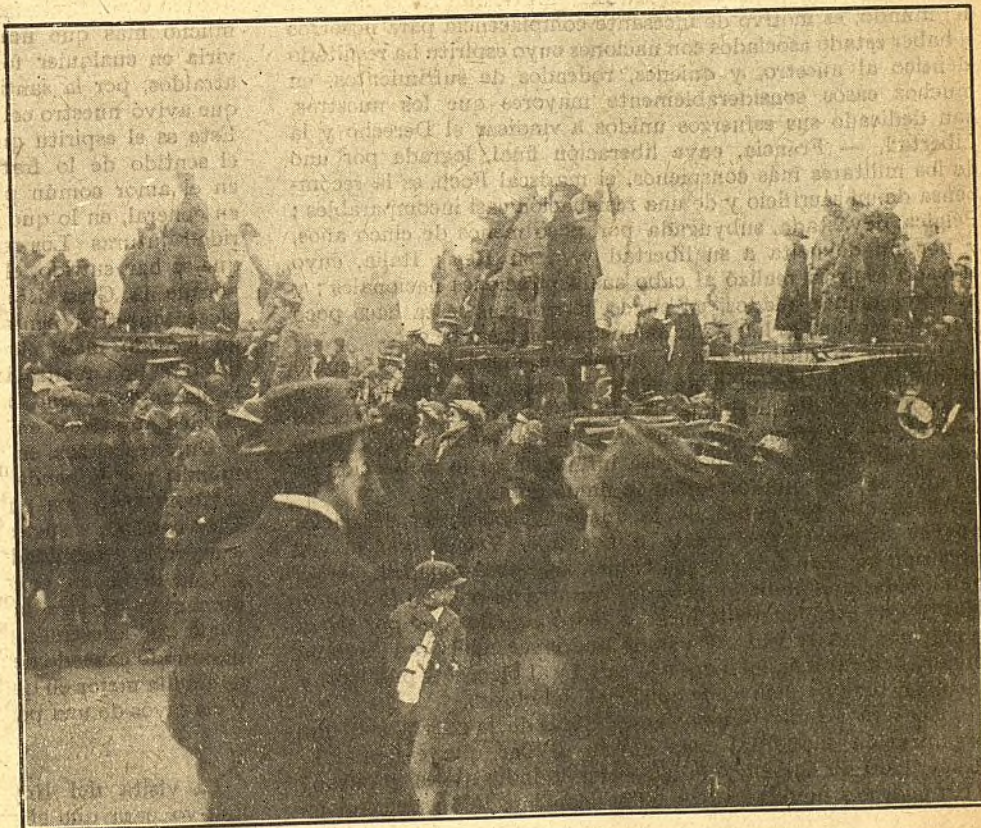
servicios incomparables de los jefes que en los comienzos de la guerra, antes de que la Fortuna empezara a sonreír, honraron las viejas tradiciones del Ejército británico tanto de mar como de tierra; los del mariscal Lord French de Ipres, cuyo título recuerda el timbre de su inmortal renombre; y de los almirantes Lord Jellicoe y Sir David Beatty, quienes durante cuatro años han sido alma y espíritu, en sus mandos sucesivos, de la Flota de combate del Imperio.

Recordemos asimismo a aquellos que pertenecieron a esa nueva arma militar, los perspicaces y alados caballeros de los aires, que han dado al mundo un nuevo tipo de heroísmo fecundo y elevado.

Debemos además reconocer el intrépido espíritu de la Marina mercante y los pescadores que resguardaron nuestras costas, afrontando toda clase de peligros, minas y torpedos, en el cumplimiento de su deber.

Nuestras gracias sean dadas también a los que sin descanso trabajaron dentro del país, mujeres y hombres, produciendo municiones de guerra, y a todos aquellos que hayan prestado servicios que de una u otra manera sean esenciales a la defensa de la causa. Existen servicios donde viejos y jóvenes han trabajado anónimamente conscientes de que respondían al llamamiento del deber. Notable ha sido igualmente el concurso que en pro del bienestar común, han aportado aquellos que se ofrecieron como cirujanos, médicos, capellanes, y enfermeras, exponiéndose valientemente a los peligros de sus santas misiones de caridad. Y si todos estos han laborado con ardiente espíritu de desinterés, ¿no podemos al propio tiempo sentirnos orgullosos de la actitud que el pueblo en general ha mantenido dentro del país? Admirable ha sido la entereza con que se han soportado privaciones sin cuento, y los corazones de los que combatían se fortalecían al ver la confianza firme con que los que quedaban en el seno del hogar, aguardaban el desenlace, y les inspiraban con su inalterable amor en la prosecución de la guerra.

A pesar del júbilo y el orgullo que estas cosas nos causan, una sentida simpatía nos hace dirigir nuestros corazones hacia los padres, las esposas, y los hijos que han perdido a los que eran luz y sostén de sus vidas. Dieron, con largueza, lo que de más precioso tenían. Han sufrido sus penas con indecible



EN HYDE PARK.

valor, sabiendo que el sacrificio era en pro de nuestra amada patria y por una causa justa. Dios quiera y encuentren consuelo en el pensamiento de que el sacrificio no ha sido hecho en vano. Estos heroes murieron por el Derecho y la Humanidad. Ambos están ya vindicados.

Por todos estos medios, y a través de todos estos años, ha quedado de manifiesto el espíritu inconquistable de nuestra raza, alimentado por las gloriosas tradiciones de muchos siglos de libertad. Este espíritu, consciente de su vitalidad, soportó las pruebas y las desilusiones de estos años con entereza inmovible y una convicción siempre profunda. Yo sabía que sus motivos eran puros, y que persistiría teniendo fe en que la Providencia no consentiría en que la injusticia y la opresión prevalecieran.

En esta lucha, que esperamos determine de una vez el porvenir del mundo, es motivo de incesante complacencia para nosotros el haber estado asociados con naciones cuyo espíritu ha resultado idéntico al nuestro, y quienes, rodeados de sufrimientos, en muchos casos considerablemente mayores que los nuestros, han dedicado sus esfuerzos unidos a vindicar el Derecho y la Libertad. — Francia, cuya liberación final, lograda por uno de los militares más conspicuos, el mariscal Foch, es la recompensa de un sacrificio y de una resignación casi incomparables; Bélgica, devastada, subyugada por poco menos de cinco años, y por fin devuelta a su libertad y a su Rey; Italia, cuyo elevado espíritu realizó al cabo sus aspiraciones nacionales; y nuestros demás aliados, en cuyos horizontes, hasta hace poco tan oscurecidos, la luz de la emancipación apunta ya.

Durante el último año y medio de lucha, hemos tenido asimismo la satisfacción de estar directamente asociados con la gran República hermana de allende el Océano, los Estados Unidos de Norteamérica, cuyos recursos materiales y cuyo valor han ejercido tan poderosa influencia en la realización de los altos ideales que formaban su única mira.

Ahora que las nubes de la guerra desaparecen del cielo, nuevas tareas surgen frente a nosotros. Vemos con mayor precisión algunos deberes que habían sido abandonados, ciertas debilidades que pudieran retardar nuestra marcha en lo futuro. Habrá que atender desde luego a todos aquellos que por tierra y mar nos han salvado. Tenemos que crear una Gran Bretaña mejor, dedicar más cuidados a la salud y al bienestar públicos, y mejorar todavía más las condiciones del obrero.

¿No será posible reparar las pérdidas de la guerra con una organización industrial más eficaz, al par que evietandol desperdicio de energía que las disputas industriales implican? ¿No podría difundirse entre todas las clases de la sociedad un espíritu de recíproca confianza y de coordinación? ¿No podemos, mejorando el nivel de educación, aprovechar con mayor amplitud



HAPPY GIRLS ON ARMISTICE DAY.

las aptitudes naturales de nuestro pueblo y lograr más libre acceso a las fuentes del intelecto?

Tenemos también, de consuno con nuestros aliados y otros Estados amantes de la paz, que idear una organización, que nos permita evitar los peligros de la contienda internacional, y reducir la carga abrumadora de los armamentos tanto militares como navales. La doctrina de que la Fuerza debe gobernar el mundo ha sido desaprobadada y destruida. Entronizemos el gobierno de la Justicia y del Derecho internacional.

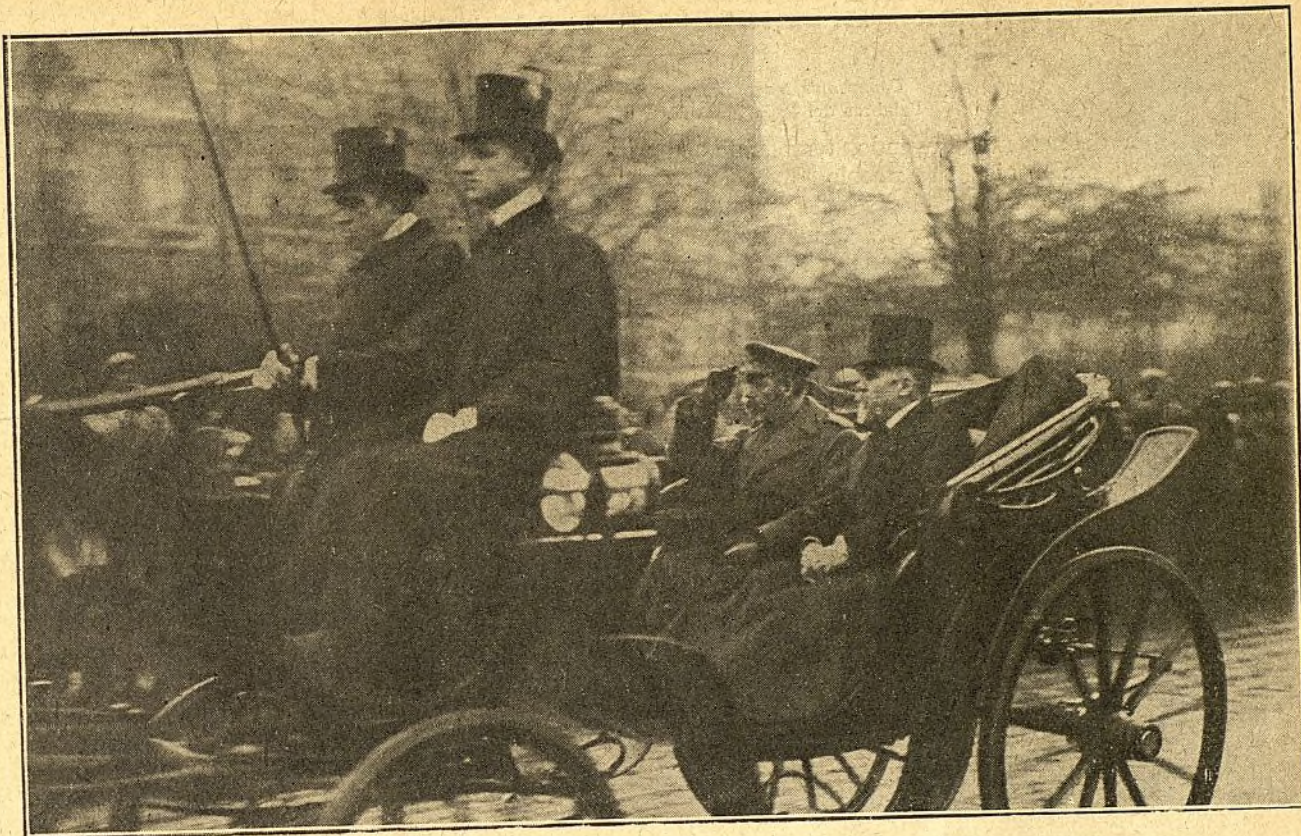
¿Cual es e estado de animo que debemos

adoptar frente a estos problemas? ¿Cómo habremos de tratar de realizar las victorias de la Paz? ¿Podríamos hacer nada mejor que recordar las lecciones que los años de guerra nos han enseñado, y asimilarnos el sentido de ellas? En estos años la Gran Bretaña y sus tradiciones han venido a significar mucho más que nunca, para nosotros. Es un privilegio servirla en cualquier forma que podamos; todos nos sentimos atraídos, por la santidad de la causa, hacia un compañerismo que ayivó nuestro celo patriótico y redobló nuestros esfuerzos. Este es el espíritu que debemos tratar de conservar. Es en el sentido de lo fraternal y de la mutua buena voluntad; en el amor común por los intereses comunes de la nación en general, en lo que debemos fundar su fuerza y su prosperidad futuras. Los sacrificios que se han hecho, los dolores que se han sufrido, el recuerdo de los heroes que han muerto porque la Gran Bretaña viva, no podrán menos que ennoblecer nuestros pensamientos y afinar nuestros corazones en un sentido más elevado del deber nacional e individual; llegar a una realización más amplia de lo que las razas de habla inglesa, que habitan las playas de todos los oceanos, pueden aún hacer en pro del género humano.

Durante siglos en la posteridad, la Gran Bretaña guió al mundo por la senda de la libertad y el orden. Tal vez lo haga mañana entre los pueblos que quieren seguir esa senda. Que Dios conceda a sus esfuerzos tal sabiduría y perseverancia que asegure la estabilidad en los días venideros!

Que la buena voluntad y la concordia en el seno del país aumenten nuestra influencia en pro de la concordia exterior. Ojalá que la estrella matutina de la paz que hoy aparece sobre un mundo cansado de guerra, sea aquí y por doquiera, el heraldo de un día mejor en que las tormentas de lucha habrán amainado y los rayos de una paz duradera bañen a todas las naciones.

La visita del Rey de Inglaterra y de sus hijos ha sido motivo para que el pueblo de Paris demostrase el grandísimo afecto que siente hacia sus gloriosos aliados. Se han cruzado frases de amistad y alianza ¡Así sea!



EL REY JORGE ACLAMADO POR LAS MULTITUDES.



LA COMITIVA EN LOS CAMPOS ELÍSEOS.

El Emperador se va...

Comediante, tragediante,
Palabras del Papa Pio VII.

SE va como un delincuente, huyendo, temblando, en la madrugada, mientras su pueblo automático reemplaza con un solo ademán el casco de punta por un gorro frigio. Fuga el *Rex Imperator*, el margrave de Brandeburgo, el hombre de la espada afilada que creía haber firmado con Dios, como David, el « pacto eterno » que cantaban los Levitas en el Libro de los Paralipómenos.



— He empleado la espada, he usado la pluma; pero nunca creí que iba a necesitar de esta maldita bandera blanca.....!

London Opinion.)

A decir verdad, nos desconcierta porque esperábamos de este soberano de teatro una salida de quinto acto. En vano Queiroz, sutil profeta, nos había prevenido que llegaría pedestremente a cualquier Hotel Metropole con la corona en la balija. Nosotros suponíamos una carga al frente de los húsares, y la gran capa blanca cuajada de sangre y lodo, mientras el moribundo balbuceaba una frase histórica. Le « mirábamos en un avión » enrojecido de poniente, subir más alto que las nubes para luego caer, en vuelo vertical como ave herida, sobre el *no man's land*. O siquiera Almirante de su flota silenciosa con pabellones negros, aparejar al norte de misterio y de bruma para el postrer combate naval que lo desposara con el mar...

Pero escapa a Holanda en su confortable vagón pull-man, envuelto en un cómodo abrigo de pieles, leyendo sin duda, en el trayecto, a su autor favorito Jorge Ohnet. El hombre de rapiña ha engañado al mundo con su disfraz de león. Hasta ayer pertenecía a la tragedia, hoy pertenece al *vaudeville*. Es un figurante más en ese carnaval de reyes sin destino

que transitan, — melancólicos y aburridos haraganes — por la novela de Alphonse Daudet.

Heine decía que la historia es el viejo guardarropa del espíritu humano. Si hubiera conocido al soberano que aborreció su memoria y desterró su efigie del palacio de Corfú, repetiría el irónico pensamiento. Ningún cómico tuvo más disfraces Almirante nominal, jefe honorario de veinte ejércitos, no le bastaban los éxitos locales a este primer tenor que buscaba por escenario el mundo. Cuando subió al trono en 1888, Bismarck, meneando la cabeza de mastín, decía: « Dará que hablar este chiquillo ». Ha dado sobretodo que maldecir; pero fueron casi inocentes los comienzos del romántico perverso.

¿Quiso, según el precepto de Gautier, ser musulmán en Constantinopla y beduino en Arabia. ? Con cuál disfraz no se le ha visto en los periódicos ilustrados de veinte años ? Su biografía es verdaderamente un inventario de guardarropa. Vestido de general de los tiempos de Federico II, con el fez que adoptó en Constantinopla, bajo el casco del águila o su gorro marino o la viscera de terciopelo — *yatchman*, bajá y cazador ante el Eterno — cuando no fingía en los *fiords* del país de Andersen la actitud de un nórdico espectador de cisnes; o más romántico y tenebroso Werther de opereta, pasaba semi-oculto, en su conocida góndola para visitar, en el Gran Canal, a su Carlota de Venecia.

Pero súbitamente se acordaba de Dios, de su Padre que estaba en los cielos fabricando rayos; y he aquí a su asociado terrestre que arruga el ceño para recordar al mundo que Alemania ha inventado la pólvora. Al visitar las fábricas de cañones sólo piensa en entonar alabanzas al Altísimo, en hacer, como dice la Biblia, « notorias sus invenciones en los pueblos ». Con su ayuda segura vencería a todos los



¡ Fuera del trono, tiranos ! A la tumba vampiros !
(VICTOR HUGO)
(G. LÉANDRE.) (Le Rire, PARIS.)

enemigos de Israel. Tomaría, como el Rey David, al gigante de los veinticuatro dedos y los mil carros de a cuatro caballos y todas las tierras de Ammón y de Maáb... Y del oratorio en donde afilaba su espada santa, pasaba sin transiciones a su intimidad de sargento bromista, aficionado a la mala literatura y a la buena cerveza.

Alemania aceptaba sus excentricidades seducida por el estudiante de Heidelberg que parecía tener en grado sumo lo que a ella le hace falta escandalosamente: flexibilidad de espíritu y la fantasía que ha perdido. Le perdonaba lo que era más difícil excusar: que fuera un estratega deplorable y un compositor mediocre en el país de los grandes generales y de Wagner. Porque en la vieja Alemania cataléptica sólo este hombre parecía vivir; los demás eran autómatas. ¿No tenía acaso, como el prusiano Mefistófeles el dón de la perpetua juventud y su maligna actividad? En todo caso el demonio insolente de Goethe lo ayudaba en sus empresas temerarias y el doctor Fausto, su amigo y cómplice terreno, estaba inventando gases asfixiantes en su laboratorio de Berlín. (Para mí el genio de Goethe no consiste solamente en haber creado el tipo representativo de Alemania, sino en adivinar que este representativo era un doctor).

El Emperador se fatigó muy pronto de la admiración de los siervos de la gleba alemana. Yo no sé si, como su regio cómplice Fernando de Bulgaria, murmuraría en su balcón, cuando la multitud lo aclamaba en la calzada oscura: « Como hiede mi pueblo! » En todo caso, cuando desfilaban sus soldados rígidos, debía pensar: « Qué gansos! »... Entonces cortejaba a los políticos de Francia en su yate lírico, iba a los bastidores de un teatro de Berlín a felicitar a las artistas parisienses en *tournee*; y la imperial pareja

se extasiaba ante los trajes llevados, en tren especial, por una costurera de París. Así Nerón prefería la enhorabuena de Petronio al favorable delirio de su plebe romana en la acada del circo.

Y no al azar y de paso recuerdo este nombre condenado. Nada me ayuda a comprender el alma del romántico perverso de Berlín como las soberbias páginas sobre Nerón en

el Antecristo de Renán. Se parecen — ¡hasta en las cualidades! — como pueden parecerse un latino nervioso a un alemán macerado en cerveza. La misma hipérbole, igual *cabotinismo* exasperado que lleva al circo o a Bagdad, la misma afición

al arte colosal que notaba Renán — *Laoconte* en Roma, gigantes palacios en Berlín — y la urgencia de acaparar todas las disciplinas: citarista o compositor de ópera, pero mal « corega » siempre. Nerón acabó por odiar a los romanos prefiriendo, por más artistas, a los griegos. Con la mirada puesta en París, soñando tal vez melancólicamente en haber sido Emperador de Francia, Guillermo II, durante algunos años, sólo tuvo frases afables para todo francés de tránsito. Pero los griegos de esta Atenas se burlaron siempre de *imperial cabotin*. En fin, siguiendo el paralelo, las brutalidades con la Emperatriz nos recuerdan la muerte de Popea; aquella bata bordada con que Nerón daba audiencia en el Senado es tan famosa como los uniformes del otro; y la cuadriga victoriosa equivale al triunfante yate de las regatas.

Roma y Berlín aceptaban todo de su príncipe y el príncipe lo creyó todo permitido. ¡Qué digo! almas esclavas del mundo entero admiraron los trajines internacionales y las inesperadas actitudes de este Frégoli emperador. Al todopoderoso Señor de los cañones no le bastaba, sin embargo, con esta admiración de unos cuantos, sino exigía la arrodillada veneración del Universo. Entonces su insolencia ilimitada provoca a duelos de pueblos, entonces se detiene en unas maniobras de Inglaterra para decir en alta voz, cuando acaba de pasar el « despreciable y menudo ejército » de más tarde:

— Muy bien pero ¿ en donde están los otros ?

Y como un excelente cómico, después del chiste final, se va por los bastidores a galope. Entonces, disfrazado, llega un día a la Embajada francesa de Berlín, entreabre el manto para que el lacayo lo reconozca y pasa enseguida a exigir al Embajador que no sea presidente de la República un candidato favorecido ya por los sufragios.

Todavía es el comediante, el tragediante vendrá luego. Sabe que el mundo le teme porque su pueblo es fuerte, afortunado. El mundo le ve afilando su espada en la rueda de la Fortuna. Con un ademán puede destrozar la frágil y temerosa paz. Ya el olímpico destino que nadie podía dominar según el sentir griego, parece residir en la casa Krupp. ¿ Qué fiesta pueden darle a Nerón fatigado de omnipotencia? El incendio de Roma o la catástrofe de Europa.

La guerra, « la guerra fresca y alegre » como él decía, iba a completar el guardarropa del viajero. Entraría a capitales aterradas, en un caballo blanco, erizado el casco argentino de nuevos penachos, con mantos de nunca vista rutilancia. Y, bajo el Arco de Hugo, mirando al pueblo magno en servidumbre, se sentiría amo del mundo. Pero el Dios invocado y « aliado » era el Jehová cambiante que humilla o levanta del polvo, según el humor de cada día, al pueblo de la « dura cerviz ». El Angel del Señor fué haciendo estragos en todos los términos de Israel — la frase no es mía sino del Viejo Testamento — y se derrumbó el Imperio como esas construcciones de sus metafísicos, esos palacios espirituales de Hegel que son hoy ruinas pintorescas.

Abandonado y maldito como el Romano, huye este Emperador sin dignidad y sin « penacho » que pudo ofrecer su vida después de haber malgastado tantas. Pero yo estoy seguro de que al partir en el vagón confortable en que llevaba sus uniformes — y para el largo tránsito las novelas de Jorge Ohnet — mientras le saludaban militarmente los mariscales fieles, los cómplices de la vasta iniquidad, él dijo suspirando — como el otro:

— ¡ Qué artista pierde el mundo !

Ricardo Flores



EL KAISER ANTE LA TÚMBA DE FRANCISCO JOSÉ.

— ¡ Tu al menos te fuiste sin conocer la humillación !

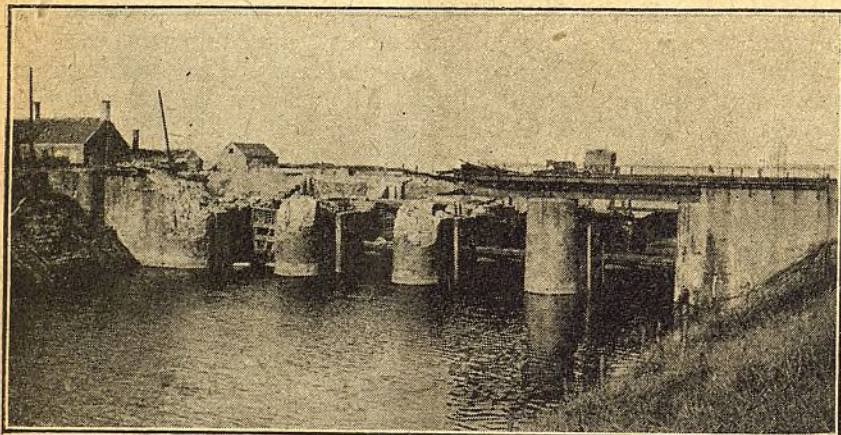
Dibujo del famoso artista de origen peruano Ricardo Flores recientemente fallecido y que publica "Le Journal".



EL REY ALBERTO,
LA REINA,
Y EL
DUQUE DE BRABANTE
SALIENDO DEL
"HOTEL PROVINCIAL"
DE GANTE.



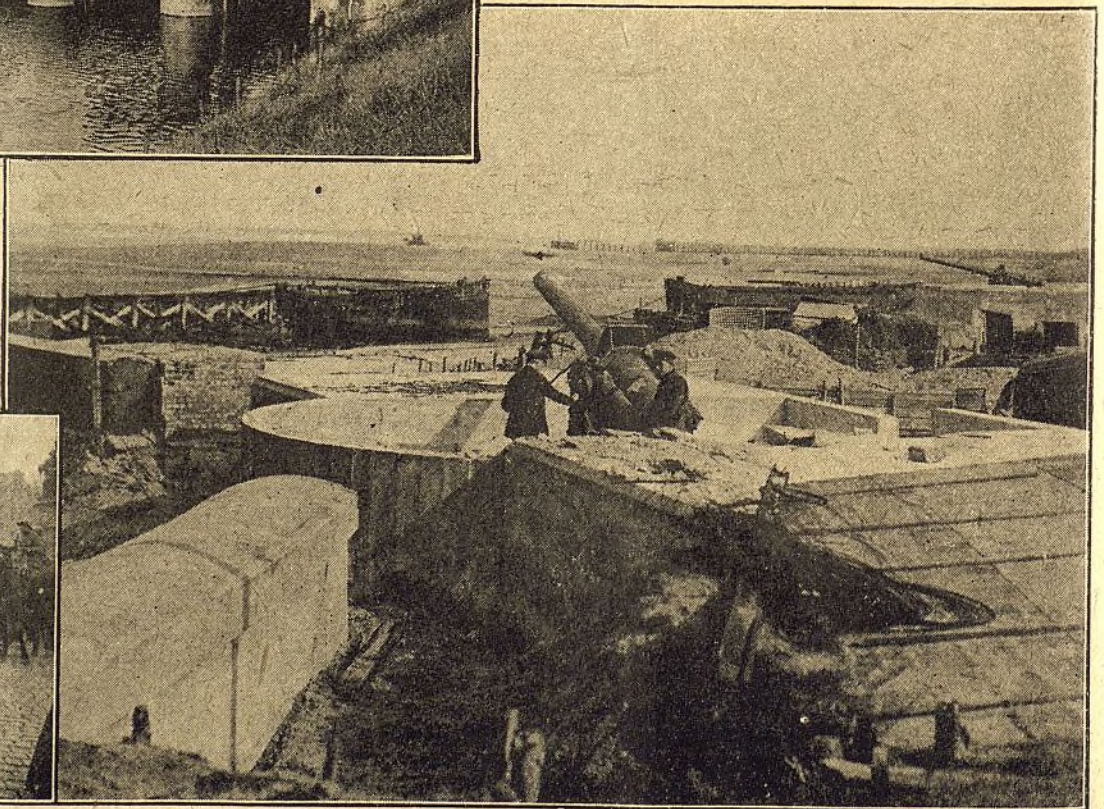
EN LA PLAZA MAYOR DE GANTE.



PUENTE DINAMITADO.



LA REINA DESCIENDE DEL CABALLO.



ARTILLERIA PESADA INSTALADA POR LOS ALEMANES EN ZEEBRUGE.

PÁGINAS BELGAS

La victoria, tan admirablemente realizada por el valor de los ejércitos aliados, asegura la restauración de Bélgica independiente en la plenitud de su soberanía nacional. Antes de la hora fijada para la suspensión de las hostilidades, las tropas del rey Alberto entraron a Gante, avanzando hasta el Dendre, en Grammont. El hecho de que la guerra concluya para los belgas con la recuperación, en lucha encarnizada, de la capital de las regiones de Flandes de que los alemanes pretendieron hacer un emporio de germanismo, es cosa que tiene el valor de un símbolo. La ciudad de los Van Artevelde y de los comunistas ha desempeñado a lo largo de toda la historia de las provincias belgas un papel característico de las aspiraciones profundas de la raza: fué siempre la tierra de los hombres libres, orgullosos de sus fueros, que sabían defender aún a costa del mayor de los sacrificios, el derecho de su individualidad. La reocupación de Gante, por las armas, es la afirmación de la voluntad triunfante de un pueblo que ha sabido defender su suelo y su dignidad.

Qué despertar! Que florecimiento de la aurora de los tiempos nuevos!... En presencia de todo cuanto nos acuerda la victoria de nuestros soldados que entran en nuestras ciudades liberadas, sentimos el corazón henchido de ternura y de satisfacción. Pensamos en Bélgica la del 4 de agosto de 1914, que al lado de su Rey-heroe, se lanzó altiva, toda entera, contra el invasor, rompiendo en Lieja, con un sublime esfuerzo, el avance de las tropas imperiales y salvando al mundo, con un gesto agonizante, del tropel de las hordas, de la inmensa ola roja

que se desbordó implacablemente sobre el país. Pensamos en la desocupación de Bruselas, en la trágica retirada del ejército desde Amberes al Iser, en la cruenta batalla de Dixmude, en los inviernos pasados entre el lodo de las trincheras. Pensamos en la amarga lucha sostenida durante tantos días y tantas noches por nuestros soldados; en las vicisitudes de los desterrados, en el martirio de las poblaciones que han sufrido el yugo sin perder jamás la esperanza... Estos cuatro años pesan más en el corazón de un pueblo, que muchos siglos de Historia.

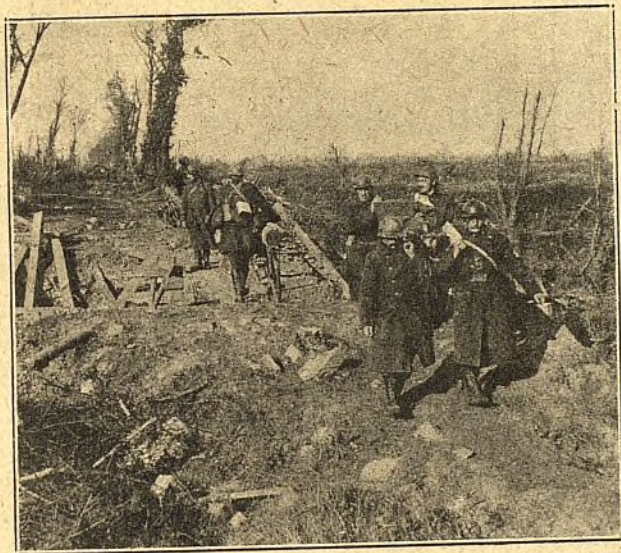
La Bélgica nueva, nacida de la victoria, se da cuenta de toda la gravedad del momento. Sabe que una tarea inmensa se le impone y que todo su porvenir depende de su máximo esfuerzo por restaurar su vida nacional sobre bases sólidas.

El haber sido, durante la crisis más cruel que el mundo conoce, la nación del Derecho y del Honor; el haber dado el ejemplo de sacrificio en pro de un alto ideal de justicia y de libertad, le crea derechos y deberes nuevos. Repudiando austeramente toda humillante restricción de su soberanía, fiel a sus buenas amistades, dueña única de su pensamiento y de sus actos en todos los dominios, quisiera ignorar todas las querellas que en otros tiempos dividieron a sus hijos, para afirmarse con todo el esplendor de su unidad moral. Lo debe a todos los que han sufrido; lo debe a sus soldados; lo debe a sus muertos, a los que duermen su sueño eterno

en la tierra de Flandes y de Valonia y que han querido que la Patria sobreviva una e indivisible en la gloria pagada con su sangre.

La victoria, — alguien ha dicho — es la obra de nuestros muertos. Bélgica, digna de sí misma, no lo olvidará jamás. Es el alma de sus muertos, con toda su lealtad y todo su heroísmo, la que revivirá en la obra que realizará desde mañana la nación.

Rolands de Mares



LOS ÚLTIMOS HERIDOS.

El Rey Alberto al Ejército belga.

Cuartel General,
18 de noviembre de 1918.

JEFES, OFICIALES Y SOLDADOS:

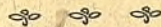
Os habeis hecho acreedores al amor de la Patria. Vuestra heroica resistencia en Lieja, en Amberes y en Namur, impuso a la marcha de las hordas enemigas un retardo, que hubo de resultarles fatal. Durante más de cuatro años, habeis defendido tenazmente, entre el lodo del Iser, el último jirón de nuestro suelo. Finalmente, captándoos la admiración del Universo, acabais de causar al enemigo una sangrienta derrota.

El opresor que aterrorizaba a nuestras poblaciones, que profanó nuestras instituciones, que aherrojó

a nuestros más conspicuos ciudadanos, ejerciendo por doquiera la arbitrariedad y el despotismo, se halla definitivamente vencido. La aurora de la Justicia se levanta; vais a ver vuestras ciudades y vuestras campiñas, a vuestros padres y a todos vuestros seres queridos. Bélgica, reconquistada por vuestro heroísmo, os espera para aclamaros.

¡Honor a nuestros heridos. Honor a nuestros muertos! Gloria a vosotros, jefes, oficiales y soldados! Vuestras proezas me enorgullecen. A pesar de lo mucho que os pedí, vuestro concurso no tuvo jamás límites, y con ello os habeis ganado la admiración y la gratitud de la nación entera.

ALBERTO.



Nuestros distinguidos lectores tendrán en el próximo número la oportunidad de leer una descripción de la entrada de los reyes de Bélgica a Bruselas. La pluma habilísima del distinguido escritor que en representación de « América Latina » ha presenciado tan histórico acontecimiento en la heroica capital, nos anuncia el relato de la entusiasta acogida; el apoteosis del gran Rey. Numerosas fotografías ilustrarán tan detallado e interesante artículo.

VISION PROFÉTICA DEL MAESTRO

Asamblea nacional. — Sesión del 1º de Marzo de 1871 (presidencia de M. Jules Grevy).

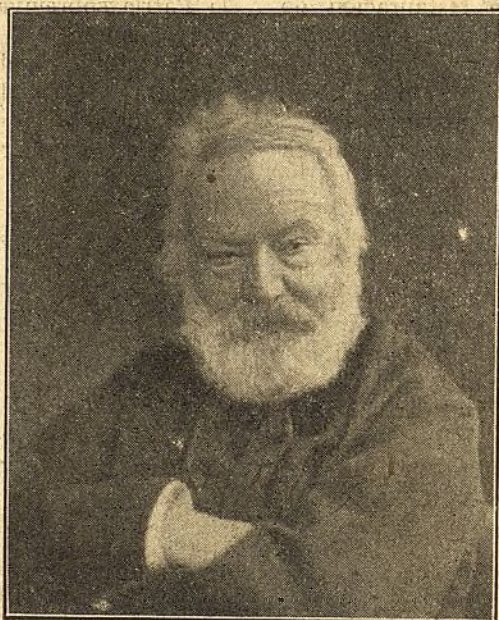
VICTOR HUGO. — Habrá en lo sucesivo en Europa dos naciones que serán terribles: una porque será victoriosa; la otra porque será vencida. (*Sensación*).

EL JEFE DEL PODER EJECUTIVO. — Es muy cierto!

VICTOR HUGO. — De estas dos naciones, una, la victoriosa, Alemania, tendrá el Imperio, la esclavitud, el yugo soldadesco, el atrofiaamiento del cuartel, la disciplina hasta sobre los espíritus, un Parlamento tranquilo gracias a la censura impuesta sobre sus oradores... (*Agitación en el auditorio.*)

Esa nación, la nación victoriosa, tendrá un emperador de cuño militar al propio tiempo que de derecho divino que a la autocracia del César bizantino llevará unida la del César germánico; tendrá por enseña el dogma del Estado, un sable en vez de cetro, la palabra amordazada, el pensamiento deprimido, la conciencia torturada: no habrá en ella tribuna, no habrá prensa: todo será tinieblas!

La otra, la vencida, poseerá la luz:



EL GRAN VICTOR HUGO.

VICTOR HUGO. — Sí, llegará la hora. Ya sentimos venir, esa recompensa prodigiosa. Oímos desde ahora nuestro triunfal porvenir que a grandes pasos marca la historia. Si, desde mañana, Francia no pensará más que en recogerse, reposar en el ensueño temible de la desesperación, reparar sus fuerzas, regenerarse, volver a ser la gran Francia, la Francia del 92, la Francia de la idea y la Francia de la espada,

Luego, de repente, un día se erguirá, y será formidable. Se la verá de un salto recuperar la Lorena reconquistar Alsacia!

¿Es eso todo? Nó, nó, tomará... — escuchadme, tomará Trèves, Maguncia, Colonia, Coblenza...

— Nó, nó!

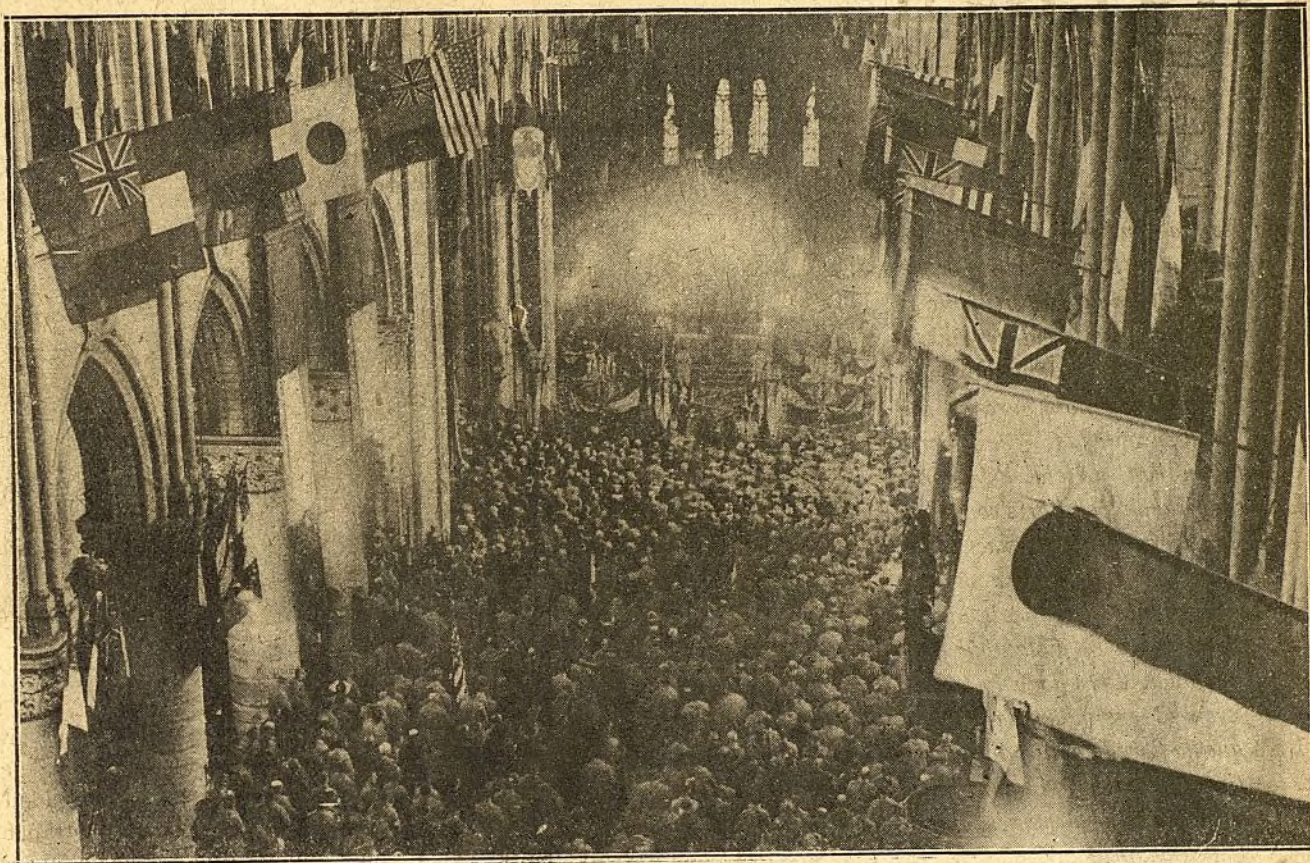
— Hablad.

VICTOR HUGO. — ...Tomará Trèves, Maguncia, Colonia, Coblenza, toda la ribera izquierda del Rhin.



EL MARISCAL PÉTAIN EN METZ.

EN ACCION DE GRACIAS



EL INTERIOR DE NOTRE-DAME DURANTE EL « TE DEUM ».

En vano evocamos, una por una, todas las ceremonias religiosas que en el correr vertiginoso, accidentado, de la Historia francesa, celebraron reyes y emperadores con aquel su delirante fasto; resuenan, uno a uno, cual heraldos sublimes, los triunfos gloriosos de la Francia immortal, madre dolorosa de la libertad, aclamada en coro por las demás naciones del mundo: Ningun momento, sin embargo, nos parece tan vibrante, será que lo hemos vivido, como el presente; ninguna victoria tan completa y universal como la de los aliados, ningún *Te Deum* tan merecido como el que presenciarnos el día 17 del próximo pasado Noviembre en la santa basílica de Notre-Dame. Solemne acción de gracias, cantada en « misa de once », en nombre de la tercera República francesa, con motivo de la realización de tantas y tan excelsas esperanzas.

A la hora indicada, el cardenal Amette, arzobispo de París, hizo su entrada en la Iglesia y subió al Coro. Detrás de él venían Monseñor Herscher, ex obispo de Langres, obispo de Lasdicée, Monseñor Rivière, Monseñor Le Roy, obispo d'Alinde, superior general de los Padres del Espíritu Santo; Monseñor Castanier, obispo de Osaka (Japón); Monseñor Lemaître, de los Padres blancos, obispo del Sudán, autorizado por el ministro de la Guerra para visitar las tropas negras; y Monseñor Attie, archimandrita, representante del patriarca católico griego de Antioquia.

Una vez cantada la misa, el cardenal Amette, se adelantó hacia la entrada del Coro, y tomó la palabra en medio del más profundo y religioso silencio.

Nos hemos reunido, — dijo — para celebrar juntos la victoria del Derecho y de la Civilización sobre la iniquidad y la barbarie. Hemos venido a celebrarla frente a los altares de Dios todo

justicia, de Nuestro Señor Jesucristo, autor y guardián de toda civilización verdadera. No menos que a fin de rendir homenaje solemne a los oficiales y soldados que murieron por lograr el triunfo de nuestra causa, único homenaje que puede serles útil, en el mundo de ultratumba, en que han entrado: una plegaria. Rogamos a Dios que les de a todos, como recompensa de su sacrificio, la felicidad eterna.

La sonrisa de Lille

Cuando llegaron los alemanes a Lille buscaron con afán en el museo algunas telas admirables que se llevaron a Berlín: *La Elocuencia, la Ciencia, la Escultura y la Pintura* del Veronès, algunos Van Dyck, algunos retratos magistrales de Goya y dibujos de Miguel Angel, de Rafael y de Leonardo. Buscaron también la célebre « Cabeza de Cera » atribuida a Rafael. Mas no pudieron hallarla. Un pródigo conservador del Museo M. Theodore la escondiera en el sótano tan bien oculta que a pesar del olfato de sabueso de los profesores alemanes delegados al hurto de las obras de arte, nadie halló trazas de la hermosísima escultura que reproducimos en esta página.

Mientras tanto la Cabeza de Cera corría grave peligro. Subía el nivel del agua en el inundado sótano, amenazando el naufragio de mil tesoros. Pero tienen su destino y su fortuna las obras maestras. La inundación se detuvo al borde del zocalo de la estatua y así la han hallado los ejércitos libertadores de Francia, duplicando su sonrisa en el agua turbia como un bronce de fuente versallesca. Sonrisa extraña, plácida y triste a la vez, un tanto inquietante como la una Gioconda menos sagaz y más pálida, que Lille en fiesta irá a ver como el símbolo de la ciudad resuscitada.

INJ=ALLAH

TURQUIA
: QUE :
MUERE

Turquia se ha rendido, Turquía agoniza, Turquía fué... Esclavizada por los "jóvenes turcos" al amo impertinente de Berlín, rompió con sus seculares tradiciones de veneración a la douce France. Hasta en los más recónditos harenes, Az yadé y las "desencantadas" de Pierre Loti comentaban con delicia los libros franceses y suspiraban por París como por una Meca de elegancia y de gracia, los viejos turcos de barba talmúdica mantenían en sus costumbres la cortesía de Francia; el francés era en Estambul casi un idioma nacional. Pero todo lo transformó esa juventud ensimismada de los Talaat Bey y los Enver Bajá que ha llevado a su país a la ruina ¿Qué suerte va a correr la tierra islámica? Pagará sin duda su largo error. Pero Constantinopla, sin alemanes, queda otra vez abierta a los artistas que la han amado siempre como a una mujer. Su femenino recuerdo inspira a nuestro colaborador Augusto d'Halmar esta soberbia oración lírica:

A Pierre Loti.

Como si hubiese solamente oído hablar de Ella, a un amigo común, un marino de ojos orientales, que la había conocido y que. ¡Dios mío! la había amado. Y en un invierno de hace muchos años, como si no sé quién, mi destino, me hubiese conducido a la lejana morada de esa dama de mis sueños...

Yo era joven entonces, como lo había sido mi amigo marino en la ya distante y sin embargo tan reciente época de su amor. Pero Ella era la misma, conservada tal vez por el enclaustra-



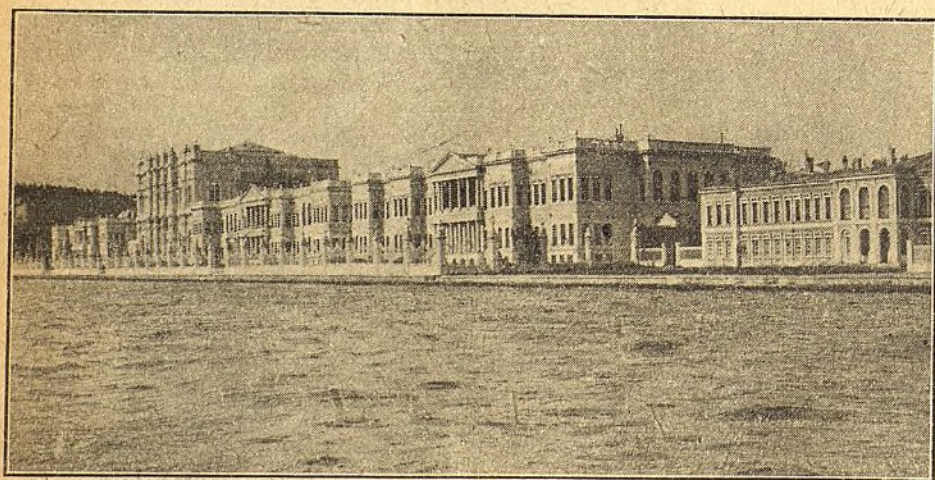
LA MEZQUITA SULEIMAN.

miento; viviendo en el fondo más profundo de sus grandes parques de cipreses, cortados por maravillosas piezas de agua; del encortinamiento de sus salones; en la intimidad casi inaccesible de un santuario donde tan pocos penetraban.

Y lo que no olvidará nunca mi gratitud, es que yo fui acogido. Las mujeres veladas no alzaron tal vez sus velos; pero adiviné sus ojos. Los hombres impasibles tal vez no me sonrieron; pero adiviné su corazón. Y cuando besé « su » mano, todas mis niñerías, mi pasión juvenil, mi fe de hombre, todo estaba en mis labios.

Me hizo sentar a su lado; me ofreció una taza pequeña, hermética y transparente como un pomo humeante y perfumada como un pebetero. Era café, su café. Después, como una panoplia de diminutas armas bizantinas, desplegó a mi alcance una cajetilla de cigarrillos medio dorados. Y a través de las grandes vidrieras yo veía, al fondo de los senderos y al borde de los estanques, esa sfumación azul, única en ninguna parte, como una humareda muy tenue de un tabaco dorado exhalada perezosamente por un fumador, envolviendo las construcciones blancas en una neblina de atardecer.

Atardecía. Los vidrios reflejaban el poniente y se reflejaban a su vez en las piezas de agua, fuego de artificio visto por oposición de espejos. El salón en que estábamos iba llenándose de sombra. Y aunque yo enmudecía y aunque Ella apenas ponía la nota de su voz en el silencio, como se hace resonar una moneda para conocer su diapason áureo, nunca hasta entonces, y nunca más después, yo he conocido la intensidad de las horas fáciles, de esas horas que Ella parecía desgranar cuando repasaba maquinalmente su corto rosario de ambar, mientras como la lámina de un cuchillo clavado de punta,



PALACIO DOLMA-BAGTCHÉ.



EL KIOSKO IMPERIAL.

la voz del Islam temblaba en el frío de las alturas.

¡ La illahé illahah Mohamenendum Ressoulallah !

Y no debía yo de volver a verla; pero en el curso de esta aventura sin aventuras que viene a ser nuestra vida, envejecí, oh! peor aún! perdí mi juventud, sin que desapareciera de la mejor de mis fibras el sentimiento doloroso, ¡cuanto! lleno de amor no dicho, de inútil, inútil nostalgia, desesperanzado y sin resignación y lleno de sometimiento, el indefinible complejo sentimiento que sólo Ella podía inspirar aún sobre la tierra. Yo había conocido á la última Sultana de las Mil y Una Noche, y un día crudo interrumpía los cuentos y despertaba los sueños.

Así la he seguido desde lejos con la obsesión de la mirada de sus ojos verde-oro floreciendo enmi memoria o mucho más adentro, como una claridad sonámbula, el reflejo ya en pena de crepúsculo de otras edades, que hace tan irreales esos cielos de cúpulas y minaretes y cipreses esa translucidez a la vez apasionada y furtiva de las aguas, esa música que acariciay que hiere, sobretodo esos cantos de una alegría desgarradora.

Y he ido sabiendo su suerte venida a menos de Validé tan amada que languidece, la devastación de sus jardines, las depredaciones del fuego y el motín en sus palacios, la traición de sus servidores, el pillaje hasta de su joyel; pero a su alcázar mismo nadie ha penetrado y ahora yo me la imagino esa agonía lejos de todos, con los ojos muy abiertos persiguiendo el desbande de las golondrinas que no deben ya de retornar, en el último resplandor del ocaso y del otoño de los árboles que ya no reverdecerán, en medio de la vaguedad de



AUGUSTO D'HALMAR.

Pongamos, amigo marino, la vela hácia no importa qué puerto y echemos ancla. Así como así, es tiempo de arriar bandera a

todos los vientos desgarrada. El velero alado irá convirtiéndose insensiblemente en pontón y no volveremos á respirar la mar sin trabas, la mar sin fronteras, la mar sin realidades, sino cuando nos embarquemos uno y otro a bordo del mismo barco fantasma y sigilosamente aparejemos rumbo a esa Stambul ideal que suele emerger en las islas de oro de las nubes, en los momentos de ponerse el sol.

Y vosotros, los fieles hasta el último, ¡Inj-Allah! ¡que se haga acá abajo la voluntad de Dios y no la nuestra! Puesto que lo que tanto temimos se ha cumplido, vamos a poder al fin descansar.

Korh doug houmouz jélakét bache meza guéldi.

AUGUSTO D'HALMAR.

Paris, día de Difuntos (8 de Cheval de 1336.)



VISTA GENERAL DE CONSTANTINOPLA.

La Tercera semana de América Latina

En nuestro número anterior dimos cuenta detalladamente de la sesión inaugural de este Congreso que tuvo lugar en la histórica sala del Gran Teatro de Burdeos. Continuamos, en este número ocupándonos de tan importantes asambleas, y asimismo lo haremos en números posteriores, publicando bien sea íntegros o en sustancia, los discursos, declaraciones e informes que con ella se relacionen. Hoy publicamos, junto con las valiosas declaraciones del Señor Ministro de Cuba, las frases elocuentes del Ministro francés de la Marina, Señor Leygues.

Comenzó éste distinguido funcionario felicitando a los organizadores del Congreso de la América latina, cuyo triunfo ha sido tan brillante. Dió las gracias por haberle ofrecido la presidencia de esta reunión en donde se congregaron tantos hombres de Estado, Ministros y jefes de Legación eminentes, así como altas personalidades del mundo económico de América y de Francia. Hizo un vivo elogio de las alocuciones pronunciadas por los Señores Dorn y de Alzúa, ministro del Ecuador, de Alvear, ministro de la República Argentina, Guernier, presidente de la *Comisión Sud-americana del Comité Parlamentario de Acción en el Extranjero*, y se expresó en los siguientes términos:

SEÑORES

Traigo a las Repúblicas de la América latina el saludo fraternal de la República francesa.

En los momentos en que entrevé el término glorioso de su larga prueba, Francia vuelve la mirada llena de gratitud y noble orgullo, hacia aquellos que no han dudado de ella.

No olvidaremos jamás que durante las horas más sombrías de 1914, la primera voz que se elevó en los países neutrales para afirmar su fe en los destinos de Francia y proclamar que la conciencia humana no podía vacilar entre el crimen y la ley, fué la de un miembro ilustre del Parlamento brasileño. Más tarde, las más grandes repúblicas del Nuevo Mundo, los Estados Unidos y el Brasil, se unieron a nosotros antes de que la victoria nos sonriera y se lanzaron en la lucha de los pueblos por el Derecho. Aun en los casos en que los gobiernos permanecieron neutrales, la mayor parte de los ciudadanos en las jóvenes democracias latinas abrazaron públicamente la causa de la humanidad.

Antes de la guerra, los vínculos que nos unían a la América latina eran numerosos y sólidos. Nuestro acercamiento no se ha debido, como en el caso de nuestros enemigos, a la satisfacción de groseros apetitos; nuestra unión obedece a la comunidad de orígenes y a la labor de un ideal puro y desinteresado.

Lo que queremos realizar siempre juntos, no es una política que aniquile al débil, que mate en el hombre la sensibilidad, la independencia, la justicia y el honor; es una política que haga florecer la vida y penetrar en la conciencia de los gobiernos y de los pueblos, el sentimiento de la dignidad humana y de la justicia internacional.

Nosotros oponemos a la sórdida potencia de brutalidad y de arrogancia del mundo germánico, el claro ideal de fraternidad y de belleza de las razas latinas.

Los lazos que nos unirán mañana serán más consistentes todavía. Vuestra sangre ha corrido sobre el suelo de Francia. Vuestra juventud se ha alistado en las filas de la Legión Extran-

jera que, según la palabra mágica de uno de los vuestros, «se ha tornado en aristocracia». Esa juventud lleva conquistada ya una gloria inmortal. Vosotros sois, con nosotros, los protagonistas del drama más grande que se ha registrado en la historia. El telón va a caer, termina el último acto.

* * *

Alemania, corrompida por la adoración exclusiva de la fuerza, por la admiración de sus únicas virtudes, por el desdén hacia los demás de los cuales niega la potencia y el genio; a quienes quería subyugar y hacer sus esclavos, desencadenó por orgullo el cataclismo más terrible que jamás amenazó al planeta.

Presa desde hace cuatro años de un acceso de orgía delirante ha hecho de la guerra un deshonor, mancillado tierra y mares con crímenes sin nombre. Pero se ha echado encima todos las fuerzas espirituales del mundo y labrado su propia ruina.

La Alemania feudal y militarista desaparece. Los valientes soldados de la «Entente» han vencido a esos soldados que Alemania llamó invencibles, y los Hohenzollern, después de minar durante dos siglos, la paz del continente, envenenaron el Universo con sus mentiras y sus perfidias, precipitando a la muerte diez millones de hombres.

* * *



Foto Panájou.

MONSIEUR A. GRUET.
Alcalde de Burdeos.

Un hecho, de incalculable trascendencia, domina los acontecimientos a que hoy asistimos: el Nuevo Mundo, saliendo de su aislamiento, es ya uno de los factores esenciales de la política

universal. Esto es verdad, no solamente por lo que hace a los Estados Unidos, sino también respecto de la América latina entera. Alguien ha hablado ya de la contracción del globo. Pues bien, la acepción tiene un significado político y moral no menos que físico. Las repúblicas de la América latina participarán mañana con nosotros, la responsabilidad del nuevo orden jurídico que debe de nacer de la guerra. Estos deberes les crearán derechos. Los grandes problemas del mundo no se discutirán en lo sucesivo sin que ellas se hagan oír. Esas repúblicas tienen conquistado el derecho de ciudadanía.

Ellas mismas, estoy seguro, no dudan que al servir la más noble de las causas, han servido al propio tiempo sus intereses nacionales y conjurado un peligro de muerte...

* * *

La victoria llama a nuestra puerta. Francia la acoge con júbilo inmenso pero sin sorprenderse, pues no le es ya desconocida. Es como una amiga que viniera a sentarse una vez más en su hogar.

La victoria impondrá al enemigo el castigo de sus crímenes, la reparación por las ruinas que ha ido acumulando a su paso, y las garantías que hagan imposible el regreso del militarismo y del imperialismo.

Por este medio, y no por ningún otro, la victoria asegurará al mundo paz, orden y garantías.

La victoria facilitará a Francia la solución del problema histórico de sus relaciones con Germania; problema que había venido pesando sobre ella desde hace veinte siglos y que devolverá a sus energías nacionales, por tanto tiempo reprimidas, toda su libertad y su impulso.

La Francia desconocida o mal comprendida acaba de revelarse con todo el esplendor de su pasado. Se la creía dividida, débil y degenerada, y ahora se ha visto que en nada ha perdido su unidad, su fuerza, su entusiasmo; que a través de su tempestuosa historia no ha cesado nunca de rejuvenecer sus virtudes tanto cívicas como guerreras.

Herida pero gloriosa, va a reanudar con mayor ardor su misión civilizadora y liberatriz. Su esplendor encontró, antes de la guerra, obstáculos hoy desaparecidos. En el campo de la América latina, lealmente abierto a todas las corrientes internacionales se encontró siempre por doquiera con la barrera del prestigio militar alemán científicamente explotado con fines políticos y económicos. Seguía dudando de ella misma porque los peligros incesantes a que se veía obligada a hacer frente absorbían todo su pensamiento e impedían su acción. Durante dos mil años fué centinela avanzada del mundo occidental. Era el baluarte que protegía, contra los asaltos de las hordas germánicas, a Bélgica, Holanda, Inglaterra, y aun las playas lejanas del Nuevo Mundo que se habrían visto amenazadas, si Calais, Dunquerque, Amberes y Amsterdam hubieran caído en manos del enemigo.

Cosa muy distinta ocurrirá después de la victoria. Francia volverá a adoptar sobre bases amplias, la vasta política económica y marítima que siguió durante las grandes épocas de su historia. Una vez organizado su crédito sobre nuevas bases, reorganizada su Marina mercante, su pabellón flotará por todos los mares, afirmando cada vez más su vitalidad. Y es hacia esos amigos de ambas Américas, adonde orientará sus primeros esfuerzos. Las circunstancias geográficas se lo imponen, no menos que sus intereses y sus sentimientos. Se siente ya próxima a vosotros, queridos amigos de América. Dakar está a tres o cuatro días de camino, de Pernambuco.

El día, próximo ya, en que el ferrocarril Dakar-Marruecos ponga la gran puerta de Africa Occidental francesa a unos cuantos días de París, el problema de las comunicaciones rápidas entre Sudamérica y Europa quedará resuelto. Francia será el lazo de unión entre el Nuevo Mundo y el Viejo Continente. Entonces se abrirá para vosotros como para nosotros, una era de actividad y de prosperidad económica, donde los intereses de nuestros respectivos países encontrarán las más amplias y más legítimas satisfacciones, y de donde, Burdeos resurgirá más esplendente. ¿Y el mañana, qué será? El mañana será lo que nosotros queramos que sea...

El mundo ha entrado en la guerra, a nuestro lado, animado de un ideal de cruzada; no son tan sólo intereses materiales, sino ideas, lo que peligró en este conflicto. La guerra traerá, por lo demás, soluciones de idealismo cuya ley será impuesta a todos por igual, y que se hallan contenidas en estas simples palabras: « La fuerza al servicio del derecho para el libre y pleno desenvolvimiento de los individuos y de los pueblos. » (Aplausos).

Informe presentado por el Dr. Rafael Martínez Ortiz, ministro de Cuba:

Señor presidente, Señoras, Señores: la Comisión organizadora de la tercera semana de la « América latina », me había expresado en París, su deseo de verme presentar, en esta sesión, un informe sobre las cuestiones que interesaran, de manera especial, a

la República de Cuba, a la cual tengo el honor de representar cerca del gobierno francés.

Acepté y cumplo, en estos momentos, mi promesa.

Debo comenzar por decir, Señores, que no hemos tenido ninguna segunda intención al declarar la guerra a Alemania. Vimos a Francia atacada, a Bélgica invadida, a los Estados Unidos de América arrojando, del lado de la Justicia, el peso enorme de su espada y veinticuatro horas más tarde dijimos unánimemente: hénos aquí también y nos lanzamos a la lucha. Fué Cuba la primera en mostrar el camino a sus hermanas, las otras repúblicas latinas de América.

Tomamos los barcos Alemanes guarecidos en nuestros puertos y los pusimos a la disposición de los Estados Unidos, sin pedir ninguna compensación; declaramos el servicio militar obligatorio y ejercitamos para la guerra a toda nuestra juventud; pedimos transportes a los Estados Unidos para enviarla a Europa; nos dijeron que aguardásemos, y en tanto, nuestra juventud, arma al brazo, anheló impaciente el momento de la partida; votamos un crédito de doce millones por año, para socorrer a los refugiados de los territorios invadidos, a los huérfanos de la guerra y a los heridos y esos socorros han sido ya distribuidos en gran parte.

Hemos hecho más aun, Señores, hemos vendido a los países aliados, toda nuestra cosecha de azúcar, a un precio fijado por nuestro gobierno, sin una sola protesta de los productores. Este precio no representaba, para la mayor parte de las fábricas, ningún beneficio. Nuestro gobierno ordenó vender a 46 céntimos de franco el kilogramo de azúcar, en los puertos de embarque. Pensad, Señores, lo que significa el sacrificio impuesto por tal precio, a una producción de tres mil seiscientos millones de kilogramos de nuestra cosecha del año último. Y por añadidura, el Señor presidente de la República, por decreto, que yo tuve el honor de presentarle como Director general de Subsistencias, prohibió la exportación para los países neutros; para España, entre otros, que pagaba precios mucho más elevados y para Mejico, República hermana y querida, y que pagaba el azúcar a cuatro francos el kilogramo.

Al mismo tiempo en la Habana, pasábamos más de tres meses; mas de tres meses, Señores, sin comer pan un solo día; los Estados Unidos, nuestros abastecedores de harina, necesitaban de todo su trigo, para enviarlo a los ejércitos franceses y aliados combatientes.

Una ciudad como la Habana, de ceca de 500.000 habitantes, veía pasar, sin quejas, miles de sacos de harina, por sus muelles, destinados solamente para las fábricas de azúcar y en proporción de los obreros españoles empleados en ellas, en gran número y los cuales, privados de pan, hubiesen inmediatamente abandonado el trabajo. El precio fijado al azúcar había resultado tan exiguo, que la misma comisión internacional de compra franco-anglo-americana, ha acordado aumentarlo para la cosecha próxima.

Esto es lo que hemos hecho, Señores. ¿Sabeis, lo que pedimos en cambio? Nada, absolutamente nada. Hemos hecho esos sacrificios, y estamos dispuestos a muchos otros por amor a Francia; a esta Francia heroica, porta-estandarte de los derechos de los pueblos y de las libertades de las naciones y por los Estados Unidos de América, a los cuales debemos, en gran parte, nuestra propia independencia.



Foto Pirou.

EL EXMO D^º DON RAFAEL MARTINEZ ORTIZ.
Ministro de Cuba en Francia.

